ESPAÑA 1898
OCASO COLONIAL

Una ceguera deliberada
Elena Hernández Sandoica
El guante y las garras
Antonio Elorza
A sangre y fuego
Gabriel Cardona
A merced del huracán
Rosario de la Torre

El 10 de diciembre de 1898, hace cien años, España firmaba la Paz de París, por la que perdía Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Aquel último acto del entierro del Imperio no era el resultado inevitable de la marcha de los tiempos, sino la consecuencia de la desacertada política colonial, del desastre militar y de la debilidad internacional de España, así como del planificado intervencionismo norteamericano

Una ceguera deliberada

Cuestiones de política internacional se mezclaron con condicionantes internos para dificultar un cierre positivo de la era colonial de España

Elena Hernández Sandoica
Profesora Titular de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid

Escudo de Cuba independiente.

A LO LARGO DEL SIGLO XIX, ESPAÑA fue una potencia colonial especialmente reticente a establecer reformas en sus posesiones, convencida quizá de que el menor movimiento que se hiciese en el inestable tablero podría desbaratar por completo su juego.

Primero, fue la invocación constante de la esclavitud (que la metrópoli no quería abolir, en connivencia con los plantadores) para justificar la falta de extensión de los derechos constitucionales a los antillanos. Después, el temor reiterado a los riesgos inherentes a cualquier tipo de liberalización comercial y política. Por último, la especie interesada de que la autonomía llevaría derechamente hacia la independencia...

Podría extrañar, desde esa perspectiva, que España conservara durante tanto tiempo sus últimas colonias, restos prodigiosos de un vastísimo Imperio. Contribuyeron a esa conservación los intereses de las políticas comerciales más poderosas de la época (Inglaterra primero, Estados Unidos enseguida), pero también el hecho de que su militarizada administración contara con el importante concurso de elementos criollos, variable en sus protagonistas, pero cierto y continuado. Las oligarquías antillanas manifestaban un miedo extraordinario a la gente de color. Y la metrópoli estaba siempre lista para extender su garra contra la insurrección.

Carlos Manuel Céspedes, primer presidente del Gobierno revolucionario

Pero las claves de esa colaboración y ese equilibrio, basados en la extraordinaria riqueza procedente del azúcar, combinada con el temor al crecimiento de la población negra, variaron a mediados del siglo. Por entonces, fracasaron ciertos intentos de anexionar Cuba a los –aún entonces– esclavistas Estados de la Unión. A ello siguió un periodo de estabilidad en los acuerdos entre la oligarquía y el poder colonial. A mediados de los años sesenta, sin embargo, la crisis económica trastornó esta continuidad. Pero, de no haberse mostrado con tanta claridad el fraude y el engaño de los gobernantes (prometieron reformas desde 1866, para en cambio elevar los impuestos), las cosas, para muchos cubanos, aún hubieran podido esperar.

Como se sabe, los hilos de la crisis –la desesperanza y el liberalismo– se habrían de anudar. Y el 10 de octubre de 1868, daría Céspedes en el Oriente de la Isla un grito guerrero a la metrópoli y a los españoles. Era el Grito de Yara, aunque fue en este lugar donde, al día siguiente, la rebelión sufrió su primer revés. Puerto Rico tuvo también su "grito", lanzado con la misma intención separatista.

La metrópoli, con muy distinto grado de dificultad, acabaría por tornar las cosas a su estado anterior cuando el régimen de la Restauración logró imponer su férreo guante sobre los insurrectos, agotados en Cuba por la indecisión militar del conflicto y con la Isla dividida en dos. Después de la Paz de Zanjón, que terminó con aquella guerra en 1878, la metrópoli no se tumbó a esperar. La tregua firmada con los nacionalistas por Martínez Campos obligaba a España a introducir reformas en la Isla y Madrid las aprovechó para hacer un esfuerzo importante por reforzar la explotación de la colonia y su españolización. De ahí se derivarían finalmente en parte la crudeza terminal y la exasperación de la confrontación.

Izquierda, **sátira contra la restauración monárquica por por sus intereses negreros en Cuba durante la Guerra Grande (*La Flaca*, 28 de febrero de 1873).** Arriba, **María Cristina de Borbón, Reina Regente, con Alfonso XIII en brazos (por Antonio Caba, 1890, Real Academia de Bellas Artes de Sant Jordi, Barcelona). En la portada del dossier, el niño Alfonso XIII arremete impotente contra el gigante acorazado McKinley (*Le Rire*, 21–5–98, colección Manuel Gramunt de Moragas).**

El camino de la independencia

Tras más de quince años de vida colonial asentada en la tregua, la preparación del levantamiento de Baire, el 24 de febrero de 1895, fue un proceso plagado de dificultades. Todo ese tiempo se había estado conspirando contra la metrópoli, al amparo de las asociaciones entonces permitidas y algunos grupos se mostraban dispuestos a intentar nuevamente la insurrección. Pero las objeciones detenían la voluntad de los cubanos que parecían dispuestos a expulsar a España de aquel "su" territorio. Mientras tanto, otros, los autonomistas (especialmente los miembros de la Unión Constitucional, cuyo equivalente en Puerto Rico sería el Partido Incondicional), opinaban que las reformas im-

plantadas (partidos, sufragio restringido y algunas libertades de reunión y asociación) darían fruto tarde o temprano.

Las fallidas peticiones del llamado Movimiento Económico, un fuerte conglomerado social y político (desde plantadores y grandes comerciantes a obreros anarquistas del tabaco), que había demandado, a principios de los años 90, diversas reformas y mayor igualdad jurídica y legal entre antillanos y peninsulares, exasperaron los ánimos de quienes se movían abiertamente en defensa de los intereses específicos de los cubanos.

Y en el exilio, ese mismo fracaso estuvo en el crisol fundacional del Partido Revolucionario Cubano (PCR), de carácter democrático, antillano (incluía la emancipación de Puerto Rico) e interracial. Y mientras se esperaba el momento propicio para la insurrección, se acopiaban hombres y armas, conseguidas por donaciones recolectadas en París, México, Santo Domingo o Nueva York y, sobre todo, con el respaldo de los magros salarios de los trabajadores del tabaco en Tampa y Cayo Hueso, los elementos más entusiastas y más desposeídos de la emigración.

Había un proyecto para invadir la Isla, el *Plan de Fernandina*, que debido a una mezcla de espionaje y arrepentimiento, traición e inexperiencia, fue descubierto y desbaratado. Se contó entonces con las fuerzas del interior, es decir, los nacionalistas desperdigados por todo el territorio. Mientras tanto, los puertorriqueños seguían a la espera, listos para ayudar: habían formado una sección particular del partido fundado por Martí (SPR del PRC), y en él esperaban su turno, una especie de segunda vuelta en el proceso de la liberación.

José Martí,
ideólogo del independentismo cubano y organizador de la insurrección de 1895

Los días que precedieron al levantamiento fueron especialmente confusos, debido a las deficientes comunicaciones internas de la Isla y, sobre todo, a que seguía habiendo una desigualdad, local y regional, que hacía variar el mapa de las adhesiones –reales o posibles– a la gobernación española. No se podía –y los jefes cubanos de la guerra y del nacionalismo estaban, por una vez siquiera, de acuerdo en este extremo– preparar al mismo tiempo una insurrección general, de simétrico alcance y repercusiones homogéneas, en las dos grandes regiones cubanas, Oriente y Occidente. Dos Cubas distintas se hallaban en el banco de pruebas y sus diferencias históricas, incluso, se habían ahondado desde el conflicto del 68.

Cronología

1867 (12 de febrero): Real Decreto incrementando el impuesto sobre la propiedad.
1868 (10 de octubre): Céspedes levanta en Yara la bandera de la independencia.
1869 (enero): Domingo Dulce llega a Cuba como nuevo capitán general, dispuesto a negociar la paz, pero endurece la guerra. (10 de abril): se proclama la Constitución independentista de Guáimaro. (junio): llega un nuevo capitán general, Antonio Caballero Fernández de Rodas. Sus propósitos negociadores fracasan y termina acelerando la represión y fusilando a jefes sublevados: Domingo Goicuría y Gaspar Diego Agüero.
1870 (diciembre): el conde de Valmaseda, nuevo capitán general, dispuesto a una guerra sin cuartel.
1873: muere Agramonte, jefe militar de la sublevación, y le sustituye Máximo Gómez. Es destituido el presidente Céspedes y le releva Francisco Vicente Aguilera.
1874: fusilamiento de 53 tripulantes del *Virginius*. Captura del general independentista Calixto García.
1876 (marzo): Estrada Palma sustituye en la presidencia a Aguilera.
1877 (octubre): captura de Estrada Palma. Llega un nuevo capitán general, Martínez Campos, dispuesto a negociar la paz.
1878 (10 de febrero): firma de la Paz de Zanjón.
1879 (agosto): comienza la serie de escaramuzas de la que se llamó Guerra Chiquita.
1885: fin de las hostilidades.
1892: en Cayo Hueso, Martí pone las bases de la Constitución de la República de Cuba.
1893: se rechaza en España la reforma propuesta por Maura.
1894: fracasa el intento de expedición de Martí para alcanzar Cuba.
1895: tímida reforma propuesta por Abárzuza, que tampoco prospera. El 24 de febrero se inicia una nueva sublevación en Baire. En abril, en sendos desembarcos, alcanzan Cuba José y Antonio Maceo, Flor Crombet, Moncada, Martí y Máximo Gómez. Llega a Cuba, dispuesto a negociar la paz, Martínez Campos. Muerte de Martí en Dos Ríos, el 19 de mayo. Salvador Cisneros, nuevo presidente de la República en guerra. Éxito de la marcha desde Oriente hacia Occidente: Martínez Campos, acorralado en La Habana.
1896: en febrero, le releva Valeriano Weyler, dispuesto a ganar la guerra. Cierra las trochas de Mariel a Majana y de Júcaro a Morón; concentra en pueblos vigilados a unos 400.000 campesinos y persigue a Maceo en Pinar del Río. Maceo muere en diciembre.
1897: la parte occidental de la Isla está relativamente pacificada, pero en la otra mitad se mantienen Vicente Gómez y Calixto García. En agosto es asesinado Cánovas del Castillo y el Gobierno liberal de Sagasta –ante un auténtico ultimátum norteamericano– releva a Weyler, envía a Blanco como nuevo capitán general y concede a Cuba la autonomía.
1898: disturbios en La Habana. Ante el alarmante informe del cónsul F. Lee, el Gobierno norteamericano envía a su puerto al acorazado *Maine*, que estalla en febrero. Tempestad en la prensa norteamericana contra España, responsabilizada del accidente. Ultimátum del Gobierno MacKinley. Declaración de guerra el 21 de abril. La escuadra del almirante Cervera zarpa hacia el Caribe. El 1 de mayo, la escuadra del comodoro Dewey destruye la flota española de Filipinas. Cervera llega a Santiago de Cuba el 19 de mayo y queda embotellado en su bahía por el almirante Sampson. En junio, desembarcos norteamericanos en Guantánamo y Daiquiri. Combates alrededor de Santiago. Cervera sale a combatir y pierde todos sus barcos el 3 de julio. Santiago capitula el 16. España firma el armisticio el 12 de agosto y Manila se rinde el 13. El 10 de diciembre, España firma la Paz de París, liquidando su Imperio ultramarino.

Maceo era más práctico –y más autoritario– que Gómez o Martí. Su idea del Estado y la sociedad de Cuba, tras la expulsión de los españoles, tenía mucho que ver con la dictadura militar. Y muchos lo seguían

Oriente seguía siendo, como siempre, un territorio pobre, pero con una mayoría libre y arriesgada, presta a la rebelión. Sus jefes naturales habían acordado someterse a un liderazgo interno, militar y político, que no iba a discutirse de momento –Máximo Gómez y José Martí contaban con ello–, con tal de arrancarse el yugo del poder español. Después, ya se vería lo que podía lograrse con la paz. Algo sobre lo que, ni siquiera en Oriente, había acuerdo entre los partidarios de la independencia.

Sátira española contra la política militar del conde de Valmaseda durante la Guerra Grande (*La Flaca*, 1871).

En el extremo opuesto de las ideas y de la localización geográfica se situaba Pinar del Río, la tierra del tabaco por antonomasia, que en el 68 no había llegado a alzarse. Y también el Camagüey, que ahora prefería mantenerse al lado de los españoles y no arriesgar su cabaña ganadera, recuperada después del acuerdo de Zanjón.

La ciudad de La Habana, por su parte, tan compleja y diversa, recibió el duro golpe de Capitanía, que concentró en ella el esfuerzo para contener el conflicto, procediendo a muchas detenciones y encarcelamientos. En ella se agruparon las fuerzas de la policía colonial y una parte importante de los *voluntarios*, tropas especiales que utilizó durante todo el siglo, con pavoroso éxito, el poder español. Ello dió en un principio el resultado que se pretendía: La Habana se mantuvo dentro del ámbito controlado por el Gobernador.

Una vez fracasado el levantamiento organizado desde el exterior, el Partido Revolucionario Cubano y su *delegado* Martí ya dejaron de considerar esa opción y contemplaron otras estrategias políticas y militares. Había que transigir con la obvia divergencia de criterios sostenidos por los caudillos de la guerra –Gómez, Martí y Maceo, en primer lugar–. Diferencias respecto a la estrategia de la guerra, el trato al enemigo, las fuentes de producción e incluso la conducción de los asuntos militares. Se abrió el conflicto entre autoritarismo y democracia, ya explícito en la guerra anterior; pero se trató de situarlo, al menos transitoriamente, en un segundo plano, procurando salvar los desacuerdos.

Maceo era más práctico –y más autoritario– que Gómez o Martí. Su idea del Estado y la sociedad de Cuba, tras la expulsión de los españoles, tenía mucho que ver con la dictadura militar. Y muchos lo seguían. El ideario de Martí, esencialmente liberal y demócrata –tan i*gualitario* y a la vez tan *intelectual*– no era el que predominaba entre los sublevados de primera hora. Se ha especulado mucho acerca de las decepciones de José Martí, de sus sabias palabras a Maceo: "Un pueblo no se funda, general, como se manda un campamento". Y hasta se ha llegado a ver su muerte como una especie de suicidio velado, una débil forma de ceder, decepcionado por las dificultades.

Martí murió en Dos Ríos, el día 19 de mayo de 1895, a sólo tres meses de empezar la guerra, y después de haber escrito en su *Diario* advertencias y pensamientos que le atormentaban, pero también notas cotidianas de la vida en campaña, de alegría primaria y esencial. Entre aquéllas, estaba la del riesgo de caer a esa hora en manos de Estados Unidos ("Viví en el monstruo y le conozco las entrañas", escribió contra el anexionismo). Un riesgo que otros sublevados no consideraban tan importante. Sin duda alguna, su inmediato sucesor, Estrada Palma, no compartía esa recelosa idea.

Independencia frente a autonomía

Nada puede probarse acerca de aquel desencanto y los oscuros temores de Martí. De una u otra

manera, lo cierto es que la guerra contra los españoles fue, también, una especie de guerra civil entre cubanos. El autonomismo, decidido a ofrecerle una oportunidad -incluso ya tardía- a su vieja metrópoli, haría posible un equilibrio de fuerzas.

Sin embargo, al declararse el conflicto armado contra el poder de España, en febrero del 95, muchos autonomistas estaban implicados, de una u otra forma, en la sublevación: habían llegado a ella defraudados por la inútil reforma que apadrinaba Abárzuza. Pero también muchos de ellos se hallaban a la paciente espera de una solución, cualquiera que ésta fuese, ofrecida por España. Los independentistas ganaron la partida a los autonomistas a lo largo de la guerra y no puede exculparse de esta inclinación de la balanza al Gobierno español, a su cruel manera de llevar la guerra, a su inflexibilidad arancelaria, a su obstinación...

¿Quedaban sólo la impotencia y la espera resignada, o todavía podía alcanzarse un arreglo pactado? No está claro que una opción de este tipo hubiera prosperado en 1895, pero los autonomistas estuvieron aguardando cualquier señal, cualquier paso del Gobierno español, mientras los independentistas ganaban fuerza día a día. A principios de julio de 1895, Martínez Campos escribía a su ministro de Ultramar: "La guerra es más grave que en el 76; el país nos es más hostil..." Y unos días después, volviendo a hacer sonar la alarma: "El sistema es distinto".

Ni siquiera era necesario considerar la idea de que, antes o después, iba a intervenir Estados Unidos. El propio Cánovas se desesperaría al comprobar, en sucesivas cartas del capitán general, cómo empapaban aquellas líneas dudas y resquemores, cuando se daba el caso de que él mismo, sin moverse un milímetro de su intransigencia, no albergaba ninguna: "No puedo yo –escribía Martínez Campos–, representante de una nación culta, ser el primero que dé ejemplo de crueldad e intransigencia; debo esperar a que ellos empiecen".

Proponía entonces a Weyler como su sucesor: "No vacile –le insistía a Cánovas– en que él me reemplace". Quería poner a cubierto su conciencia cristiana, sus creencias morales y su humanidad. No podía, esa vez, fusilar sin conmiseración: "No tengo condiciones para el caso". Y el caso era ya de extrema urgencia. Poco después, derrota tras derrota, España, rechazando de plano la idea de la autonomía, apretaba cruelmente las clavijas de la guerra colonial.

Final obligado para la crisis

En mayo de 1895, Máximo Gómez y Antonio Maceo asumieron el mando supremo de las tropas mambisas, básicamente formadas por campesinos, muchísimos de ellos de color. Los españoles se encontraron sumidos en un largo y destructor conflicto colonial. Conflicto cruel, seguramente como pocos, por lo desesperado de las posiciones y por el sufrimiento de las partes, que no quisieron en ningún caso claudicar. Los españoles fueron siempre a remolque de los insurrectos, rechazándoles, persiguiéndoles, causándoles bajas –escasas en proporción a las que ellos mismos sufrían–, o privándoles de recursos... Pero, de hecho, las tropas españolas sirvieron, ante todo, para proteger los ingenios de los españoles y de los proespañoles, cubanos o no.

Las tácticas de la guerra económica no eran unánimes. Maceo quería conceder permisos selectivos para hacer la zafra, a cambio de las contribuciones de los hacendados. Gómez, por el contrario, seguía la estrategia de Martí –lucha masiva, clausura total de las fuentes de la riqueza que sostenían al poder español– y proclamaba la guerra a toda costa. Quería privar de recursos al ejército español y cortarle los accesos al abastecimiento y a la produccción.

Reparto de comida en una reconcentración. La falta de viviendas, de instalaciones sanitarias, de alimentos, de libertad... causaría ingentes sufrimientos a los campesinos reconcentrados por Weyler, abajo.

Glosario

José María Gálvez

Autonomía. El 25 de noviembre de 1897, un real decreto gestionado por el Gobierno de Sagasta a impulso del ministro de Ultramar, Segismundo Moret, concedía a Cuba una amplia autonomía. Fue el Partido Autonomista el encargado de ejercer el Gobierno, bajo el nombre de Consejo de Secretarios, a partir del 1 de enero de 1898. Presidía el ejecutivo el jefe histórico de los autonomistas, José María Gálvez, cuyas atribuciones alcanzaban todos los aspectos, menos la defensa y la representación exterior.

Guerra de los Diez Años o Guerra Grande. La desarrollada desde 1868 a la Paz de Zanjón, el 10 de febrero de 1878.

Guerra Chiquita. La producida desde agosto de 1879 a 1884.

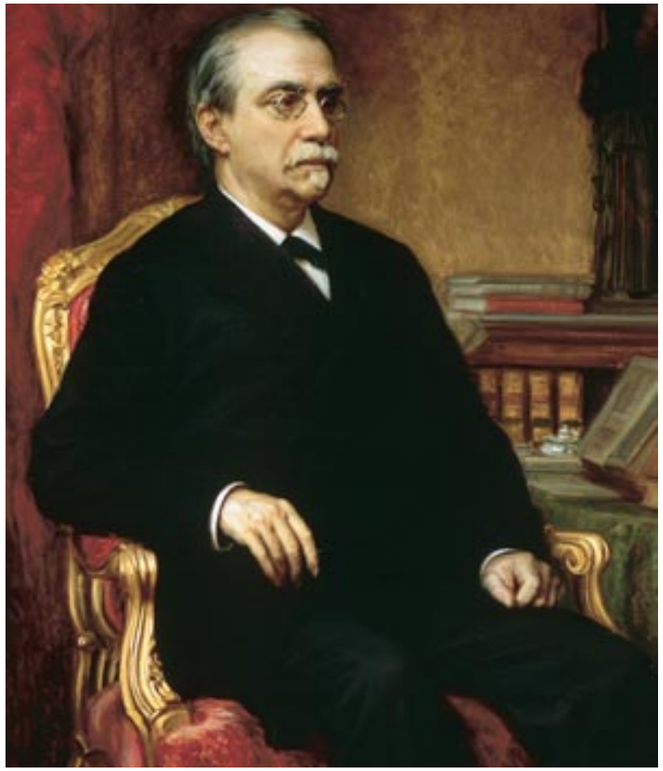
Guerra de la Independencia. Conflicto desarrollado entre el Grito de Baire, abril de 1895, y el armisticio del 12 de agosto de 1898.

Mambí. Guerrillero independentista

Pacíficos. Campesinos que seguían cultivando los campos y pasaban a los mambises, de quienes eran el principal apoyo, información sobre los movimientos de las tropas españolas.

Reconcentraciones. Para evitar su apoyo a los mambises, los campesinos fueron concentrados en poblados vigilados por el Ejército. Militarmente, fue una decisión eficaz, pero la población reconcentrada sufrió de forma atroz por la falta de medios, las inmoralidades administrativas, la escasa higiene y el hambre... Se supone que unas 400.000 personas llegaron a vivir en ellas –casi el 20 por ciento de la población de la Isla–. Aunque no existen cifras precisas de la mortandad registrada, los norteamericanos la elevaron a 200.000. En cualquier caso, se supone que los muertos fueron más de 50.000.

Voluntarios cubanos. Tropas paramilitares favorables a España y su acción integrista, pagadas por los grandes intereses hispano-antillanos y compuestas, básicamente, en sus rangos inferiores, por emigrantes recientes.



Antonio Cánovas del Castillo, el jefe de Gobierno al que sólo le valía la victoria militar (por Luis Madrazo, Congreso de los Diputados, Madrid).

Los intereses extranjeros afincados en el campo (franceses, alemanes o ingleses, además de norteamericanos y españoles, sin duda los más importantes) sufrirían de continuo incendios y actos de bandidaje. Ello hizo que, al menos al principio del conflicto, las respectivas Cancillerías brindasen cierto apoyo diplomático a España.

En agosto de 1895, para evitar la destrucción absoluta de los ingenios y evitar reclamaciones diplomáticas, el Gobierno español prohibió a los extranjeros que izasen sobre sus propiedades la bandera de su nación, al tiempo que Capitanía les prometía protección militar. Muchos destacamentos quedaron repartidos, aquí y allá, porque lo más importante para la metrópoli era no carecer de abastecimiento y no cortar totalmente el comercio exterior. En noviembre, ya en Santa Clara, Máximo Gómez ordenó paralizar la zafra y la cosecha. Sin excepción, "Todo por Cuba" era la consigna. Para los partidarios de la independencia resultaba decisivo el hecho de que la mayoría de los hacendados se dejara proteger por las tropas del Gobierno español.

La tea cobró dimensiones inmensas. El avance de las trompas mambisas, de Oriente a Occidente, podía seguirse por el rastro del humo que salía de los trenes cargados de caña, de los cafetales y cañaverales destruidos por el fuego. Los españoles corrían de un lado a otro siguiendo la humareda, que avanzaba con mayor rapidez que sus movimientos.

En política, también las reacciones españolas irían a remolque de los acontecimientos. La gran preocupación fue cortar el avance independentista hacia La Habana, pero nada se haría por introducir cambios políticos en la capital. Al contrario, se dejaría a los *voluntarios* hacer y deshacer, alentándoles en sus desmanes y bravuconadas.

Estados Unidos, el protagonista

Confundiendo los campos diplomáticos en que se dirimía la contienda, España no sabría afrontar los giros de la política exterior norteamericana. Ésta ya había demostrado en el asunto español con Inglaterra a propósito de Venezuela, en el 95, cuál iba a ser su probable elección respecto al Caribe y América Central. El secretario de Estado norteamericano, Olney, artífice de aquella proclamada *neutralidad* –que formalmente favorecía a España– lograría, a finales de aquel mismo año, que el Gobierno de Londres dejara sola a España.

La debilidad de la posición española encerraba también los elementos de una *estrategia del mal menor*, que iría perfilándose a medida que se agravaba la situación en Cuba. En el otoño del 95 ya había –más en Cuba que en España– quien veía una cierta salida, mantenida en secreto, en la intervención norteamericana. Incluso Martínez Campos –según el cónsul norteamericano, en carta del 3 de abril de 1896 al secretario Olney– había abogado en los meses anteriores por el reconocimiento norteamericano de la beligerancia mambí, porque ello obligaría a Estados Unidos a introducirse directamente en la guerra de Cuba; España, vencida al precio de unos cuantos barcos anticuados, saldría de la Isla salvando el honor.

Sea como fuere, en los debates del Senado norteamericano, con mayoría a favor de la beligerancia, aparecía diáfana la opinión de que una vez liquidada la soberanía española –como apuntaba directamente White–, debería ejercerse sobre Cuba una tutela amplia, concreta y directa.

La respuesta de la opinión española ante este decisivo giro fue rápida. Estaba alentada por un españolismo retórico, xenófobo y racista, que alimentó la guerra contra los mambises y que exasperó el brevísimo conflicto con el invasor. Pero la reacción de las masas españolas estuvo también impulsada por la prensa y los políticos. En las mayores ciudades de la Península –lo mismo que en Cuba o Puerto Rico– hubo motines y protestas contra Estados Unidos, se quemaron banderas y dependencias públicas y el Ministerio decretó el cie-

En los debates del Senado norteamericano aparecía diáfana la opinión de que, una vez liquidada la soberanía española, debería ejercerse sobre Cuba una tutela amplia, concreta y directa

Pronto se vería el error de quienes creyeron que el cambio aminoraría la fuerza progresiva de los independentistas... Hubo autonomistas que ingresaron en las filas del ejército mambí

rre temporal de sus instalaciones para evitar disturbios.

Si se exceptúa el papel agitador del socialismo contra la desigualdad de clases ante el reclutamiento ("¡O todos o ninguno!"), las algaradas que mezclaban el cansancio de la guerra con la protesta por la subida del precio del pan y la desesperación de las madres, que se arrojaban a las vías del tren que se llevaba a los soldados, la sociedad española aprovechó la guerra, por lo que parece, para asentar algunos elementos de su inmediata y relativa prosperidad.

Represión en vez de libertad

A principios de marzo de 1896, cuando Weyler desembarcó en La Habana, la idea autonomista parecía haber crecido un tanto, habida cuenta de lo improbable que parecía una victoria sobre la insurrección. La movilidad interior de las fuerzas políticas en Cuba seguía siendo relativamente grande. Y, si bien es verdad que los independentistas azotaron con furia a los autonomistas, también es cierto que las fronteras entre una y otra opción se mantuvieron constantemente abiertas, hasta el mismo momento de la concesión final de la autonomía, en noviembre de 1897. Y, aún entonces, se produjo un cierto trasvase de algunos independentistas hacia el Partido Liberal Autonomista. Éste habría de ser, por unos pocos meses, el partido político rector, tanto en Cuba como en Puerto Rico.

En la Península, a falta de mejor solución, la idea autonomista había retoñado entre algunos liberales. Entre los políticos de primera fila, era Segismundo Moret el mejor exponente de aquellos que veían las ventajas de imponer ese giro a la situación. Conversando con el embajador inglés Taylor, a finales de marzo de 1896, Moret expresaba su confianza en la eficacia de la autonomía, aunque no fueran muy extensas sus libertades y todavía mantuviera una fuerte vinculación con la metrópoli.

Pero las cosas iban a complicarse con la llegada de Maceo y Gómez a Occidente. El riesgo de perder la Isla entera (o, al menos, de verla partida en dos; dos Cubas diferentes, quizá irreconciliables), en lugar de inclinar a los conservadores hacia la autonomía, llevaría a redoblar los esfuerzos militares, optando por una inmisericorde represión.

Lo que se conoce por la *invasión de Occidente* cubre el periodo de la guerra que se extiende entre octubre de 1895 y enero 1896, hasta llegar las

Práxedes Mateo Sagasta, el presidente del Gobierno que concedió la autonomía a Cuba, pero no logró terminar la guerra ni evitar la derrota (busto por Mariano Benlliure, 1902, Colección del Congreso de los Diputados).

fuerzas insurrectas a Pinar del Río. Sólo entonces puede decirse propiamente que se había extendido la idea de una *guerra de liberación nacional*, una guerra social dirigida contra el dominio político español, pero también contraria a cualquier tipo de opresión.

A pesar de ello, quedaron bien visibles muchos residuos y recelos de la situación anterior: no había sido fácil convencer a los jefes orientales –entre ellos, Calixto García– para que dejaran de batirse en la zona de Oriente, donde las cosas iban bien para los sublevados, para encender la tea en Occidente, donde los resultados estaban aún por verse. Hasta entonces, Occidente había vivido prácticamente de espaldas a los orientales, aprovechando de una manera u otra la protección que le brindaba el Gobierno español.

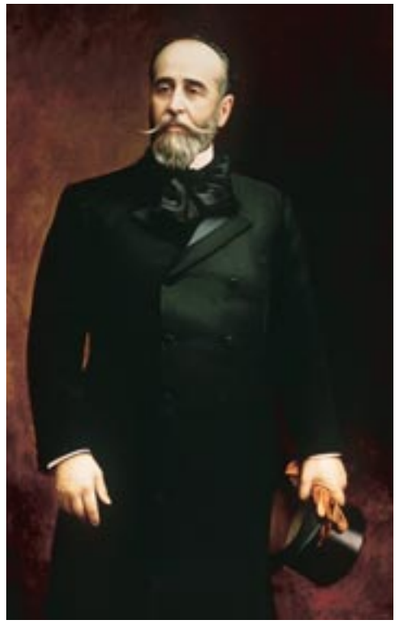
España no estaba ganando la guerra, a pesar del esfuerzo en hombres y en pertrechos que continuaba decidida a hacer; los barcos de la *Trasatlántica* salían cada quince días de los puertos españoles (Cádiz, La Coruña, Barcelona, Santander) cargados de soldados; fueron unos 200.000 hombres en total. Pero tampoco España estaba perdiendo la contienda. Al prolongarse la contienda, españoles y cubanos se vieron obligados a sacar recursos de donde se pudiera. España, de los empréstitos y los mambises, apretando las tuercas de la emigración y hasta llegando a permitir, en ciertas ocasiones, que se hiciesen la zafra y la molienda.

Sin embargo, la dirección de la revolución creía en la guerra que diseñó Martí y repetía la advertencia del 6 de noviembre de 1895, hecha a su ejército por Máximo Gómez: "Será considerado traidor a la patria el obrero que preste la fuerza de su brazo a esas fábricas de azúcar, fuente de recursos que debemos cegar a nuestros enemigos".

Entre tanto, pervivía en Cuba otro sector, que seguía reclamando de España las reformas siempre aplazadas. En su afán de separarse de los independentistas, apoyaron, en cierto modo, la reconcentración. Así ocurrió, en la primavera de 1896, con el autonomista Rafael Montoro, que a petición del embajador español en Washington, Dupuy de Lôme, dijo que la autonomía española debería otorgarse a la colonia una vez alcanzadas victorias decisivas sobre los insurrectos.

La acción de Weyler, marqués de Tenerife y ex-combatiente en la guerra, quería acabar aquello, como dijera Cánovas, con dos únicas balas: una para Maceo y otra para Gómez. Para cortar de raíz el apoyo local, hizo que los guajiros residieran en los pueblos y ciudades con guarnición militar, sin derecho a abandonarlos, bajo pena de muerte. El hambre hizo estragos entre los campesinos evacuados por la fuerza: mujeres, niños y ancianos sobre todo, porque los hombres escaparon y se sumaron a la rebelión.

Abajo, izquierda, **Segismundo Moret y Prendergast, ministro de Ultramar que concedió la tardía autonomía a Cuba (por Salvador Escolá, 1901, Colección del Congreso de los Diputados, Madrid).** Abajo, derecha, **Francisco Romero Robledo, uno de los políticos que mejor representó el caciquismo y los intereses particulares en las colonias, desempeñó la cartera de Ultramar en los críticos años de la Guerra de Cuba; junto con Cánovas es el representante más característico de la intransigencia metropolitana (por Ignacio Pinazo, 1901, Colección del Congreso de los Diputados, Madrid).**



Sólo un espejismo

Nada podía cambiar aquella desesperante situación, no obstante lo evidente de que se había entrado en un *impasse.* Ello al menos, hasta el asesinato de Cánovas en agosto de 1897, por un anarquista italiano que –según rumores– parecía hallarse en connivencia con exiliados antillanos residentes en París, con Emeterio Betances a su frente.

Con el relevo, llegaron al Gobierno los liberales, que entre el temor de la mayoría de su partido –Sagasta mismo– y la esperanza de un reducido grupo –Moret, una vez más, como ministro de Ultramar–, se decidieron por un cambio de política, que esperaban habría de complacer a cubanos y estadounidenses. Weyler sería sustituído por Ramón Blanco, que tendría otras instrucciones militares y políticas, en torno, finalmente, a la promesa de autonomía.

El Gobierno autonómico organizado en noviembre del 97 y compuesto por cubanos autonomistas y reformistas, tomó posesión el día 1 de enero de 1898. Pronto se vería el error de quienes creyeron que el cambio aminoraría la fuerza progresiva de los independentistas.

Al conocerse los horrores de la reconcentración, había habido autonomistas que ingresaron en las filas del ejército mambí. Fueron menos quizá los que adoptaron la tendencia inversa, un trasvase casi-gado duramente por los jefes de la independencia.

Iba a deshacerse de un plumazo la esperanza de que la Constitución autonómica en Cuba serviría para suavizar la creciente irritación norteamericana respecto a la política española en Cuba. Estados Unidos no estaba dispuesto ni siquiera a molestarse en considerar la viabilidad de la autonomía y decidió oponerse vivamente a ella.

Temía la posibilidad de que se entrara en una guerra declarada entre cubanos, una guerra que, al final, favoreciera a la metrópoli, que seguía reservándose el poder militar. Una guerra, por último, que dificultaría cualquier otra actuación de terceros desde el exterior. Cuando estalló por azar el *Maine,* el reloj para la intervención armada yanqui había sido ya puesto previamente en la hora aproximada. Y, bien posiblemente, con una decidida antelación.

El guante y las garras

En colaboración con España o en guerra con ella, Estados Unidos lo tenía claro: "Tan seguro como que amanece cada mañana, más pronto o más tarde Cuba será americana"

Antonio Elorza
Catedrático del Historia del Pensamiento político
Universidad Complutense, Madrid

LA INSURRECCIÓN PATRIÓTICA DE CUBA movilizó a la opinión pública norteamericana. Una de sus manifestaciones fue la literaria y como ejemplo puede servir el libro del republicano Murat Halstead, que estuvo en la Isla durante el mandato de Weyler y que muestra la situación en enero de 1897. Su libro, *The Story of Cuba. Her Struggles for Liberty*, reúne los cuatro componentes principales de la visión intervencionista norteamericana durante la guerra.

Primero, la exaltación de las riquezas de la Isla y sus condiciones para alcanzar un porvenir venturoso. Cuba es "la perla de las Antillas": azúcar, tabaco, paisaje y fauna... todo configura un mundo maravilloso, al alcance de Estados Unidos, pero amenazado de destrucción por la guerra. Denuncia, después, la egoista y corrupta administración española en tiempo de paz, como obstáculo para ese bienestar, y de la acción guerrera de Weyler, inútil a pesar de su crueldad para vencer al adversario, causa de ruina para la Isla (y para España). Tercero, una nueva exaltación de lo cubano, al describir la entrega de los insulares a la lucha por la independencia.

Llegados al cuarto punto, la reiterada simpatía por la causa cubana hubiera debido servir de apoyo a un compromiso con la causa de la independencia, pero no es así: "La lógica de la historia de España es la pérdida de Cuba". Halstead concluye: "Con el destino de Cuba en las manos de su propio pueblo, obedecerá a la irresistible atracción de nuestra Unión para ser uno de los Estados Unidos".

La tajante fórmula final sería anulada por los acontecimientos, pero el texto de Halstead resume inmejorablemente la trayectoria y los fines de la acción diplomática de su país, especialmente a partir del mensaje de Cleveland, pero de acuerdo con una estructura de la argumentación ya configurada antes de la aparición de este libro en la *nota Olney*.

"El señor de Cánovas está ciego, quizás deliberadamente", comentaba el 12 de julio de 1897 el embajador norteamericano en Madrid, Hannis Taylor. Antonio Cánovas del Castillo, con uniforme de gala (Vicente Esquivel, Palacio de la Moncloa, Madrid, Patrimonio Nacional).

La oportunidad perdida

Esta nota, entregada por el secretario de Estado norteamericano al ministro plenipotenciario de España en Washington el 4 de abril de 1896, nace en el marco de la agitación de la opinión pública norteamericana en favor de los patriotas cubanos y del debate en el Congreso sobre el reconocimiento de su derecho a la beligerancia, mientras el Gobierno Cánovas ha puesto al general Weyler al frente del ejército expedicionario y de la gobernación de la Isla, tratando de alcanzar una solución exclusivamente militar del conflicto.

El balance de situación que fundamenta la nota resalta el avance insurrecto, con la invasión de Occidente y el control de las zonas rurales: "Fuera de las ciudades que todavía permanecen bajo el dominio de España, la anarquía, el menosprecio de la ley, el terrorismo imperan. Los insurrectos comprenden que la destrucción total de las cosechas, las fábricas y la maquinaria ayudan a su causa de dos modos. Por una parte, disminuyen los recursos de España; por otra empujan a sus filas a los trabajadores que se quedan sin empleo". En el diagnóstico de Olney se observa, no obstante, que la responsabilidad de la destrucción recae sobre los mambises.

Tampoco acepta Olney la pretensión de reconocimiento de la beligerancia, por carecer el Gobierno insurrecto de base territorial y de residencia conocida. Desde el punto de vista ideológico, destaca el rechazo de la independencia, por juzgar que ésta daría lugar a una guerra de razas, reproduciendo la situación vigente en Santo Domingo. "Hay poderosísimas razones para temer que si España se retirase de la isla, el único lazo de unión entre las diferentes facciones de los insurrectos desaparecería, que una guerra de razas sobrevendría, tanto más sanguinaria a causa de la experiencia adquirida durante la insurrección". Dos Repúblicas enfrentadas, una blanca y otra negra, hasta que una aplastase a la otra.

Todavía no apunta la idea de que España no podrá ganar la guerra, pero sí hay una censura abierta a la rigidez del Gobierno Cánovas, esgrimiendo la espada y negando las reformas: "No ha dado muestra alguna que indique que la rendición y sumisión serían seguidas de otra cosa que de una vuelta al antiguo régimen". El Gobierno de Estados Unidos condena la idea de una victoria militar de España que al mismo tiempo "no satisficiese las justas demandas y aspiraciones del pueblo de Cuba". Las destrucciones de recursos económicos vienen además a justificar la preocupación, "la ansiedad", de Estados Unidos y de su presidente ante la guerra.

La *nota Olney* rechaza la intervención, acentuando al máximo el respeto a la soberanía española. Pero admite que, a la vista de la situación, "personas prudentes y honradas" insistieran en Estados Unidos sobre la necesidad de poner fin al conflicto. "Hay que dar por sentado que Estados Unidos no pueden contemplar con complacencia otros diez años de insurrección en Cuba, con todos sus dañosos y lamentables incidentes. El objeto de la presente comunicación, sin embargo, no es discutir la intervención, ni proponer la intervención, ni preparar el camino para la intervención".

Es un "No, pero..." que encuentra salida en una fórmula conciliadora: soberanía española, autonomía de Cuba. "Lo que Estados Unidos desean hacer, si se les permite indicar el camino, es cooperar con España para la inmediata pacificación de la isla, bajo una base que, dejando a España sus derechos de soberanía, consiga para el pueblo de la isla todos aquellos derechos y poderes de autogobierno local que puedan razonablemente pedir".

Para los norteamericanos, Cuba significaba: "azúcar, tabaco, paisaje y fauna... un mundo maravilloso, al alcance de Estados Unidos, pero amenazado de destrucción". A esa visión corresponde esta representación inglesa de La Habana en 1851 (Smith Hnos. y Cía., Londres).

Estados Unidos "usarían de su influencia para que fueran aceptados", privando de apoyos a los insurrectos, mientras que España se limitaría a aceptar el consejo, sin menoscabo de su soberanía, ya que la concesión se haría por su plena iniciativa. Sólo quedaba una reserva de intenciones indefinidas: "Para este fin los Estados Unidos ofrecen y usarán sus buenos oficios en el tiempo y manera que se considere oportuno".

La carga de coacción no se colocaba en las actuaciones propuestas, sino en el discurso que las justificaba: "Su mediación [la de Estados Unidos], creemos no debe rechazarse por nadie". Tanto España como los insurrectos debían confiar a ciegas en las buenas intenciones norteamericanas.

Cánovas rechazó la "hipotética mediación" propuesta, cargando sobre los insurrectos su inutilidad, ya que suponía que no la aceptarían. La negativa tuvo lugar en dos escenarios: el diplomático, con la nota que el duque de Tetuán, ministro de Es-

tado, remite el 22 de mayo al embajador de España en Washington, Dupuy de Lôme, para que éste la de a conocer a Olney, y el discurso de la Corona leído por la Reina Regente en la sesión de apertura de las Cortes, el 11 de mayo de 1896.

El texto del discurso de la Corona es el más extenso y duro. La guerra es la consecuencia del bandolerismo, acaudillado por "extranjeros u hombres de color, que en nada tenían las reformas políticas, económicas ni administrativas, por liberales que fueran". Quedaba así enunciado una vez más el principio canovista de la inutilidad de las reformas en el caso de Cuba. Ni siquiera las ya aprobadas, como la llamada *fórmula Abárzuza*, debían ser promulgadas mientras durase la guerra.

En la nota del duque de Tetuán se añadía que la mejor contribución de Estados Unidos al fin de la insurrección consistiría en impedir los auxilios que los independentistas recibían desde su territorio, anulando sus posibilidades de proseguir la lucha. El Gobierno español apuntaba así a una responsabilidad indirecta del norteamericano en la continuación de la guerra.

No fueron sólo palabras. En el verano de 1896, el duque de Tetuán intentó que las grandes potencias presionaran a Estados Unidos para que bloquease la ayuda a los insurrectos. Aquel intento de internacionalización del conflicto fue rápida y airadamente rechazado por el embajador de Estados Unidos en España, Hannis Taylor, en nombre de la Doctrina Monroe.

Cleveland tira de la soga

El punto de inflexión en el intervencionismo americano puede situarse en diciembre de 1896, con el mensaje del presidente Cleveland. En medio de una intensa movilización de la opinión pública, sensibilizada por la política de Weyler, y como prólogo al debate en el que las Cámaras discutirán no de la beligerancia, sino de la independencia de Cuba, el mensaje modifica algunos puntos esenciales de la *nota Olney* y, sobre todo, sienta las bases sobre las que su sucesor, McKinley, apoyará la intervención. Ésta se presenta como inevitable en caso de no producirse la pacificación de la Isla. Sin duda el endurecimiento respondía, tambien, al frustrado ensayo español de hacer intervenir a las grandes potencias.

Caballería española en Cuba ante uno de los ingenios protegidos (*La Ilustración Española y Americana,* grabado iluminado por Enrique Ortega).

CLEVELAND, presidente EE.UU., 1885-1889 y 1893-1897

La posición adoptada por Cleveland se apoya sobre tres puntos: la incapacidad de España para obtener una victoria militar, el enorme coste para la Isla de la guerra de devastación y la entidad de los intereses norteamericanos lesionados por ello.

El primer punto constituye la clave de toda la argumentación: España es incapaz de ganar la guerra, a pesar de los enormes esfuerzos desplegados: "Ha llegado a ser patente la incapacidad de España para triunfar de la insurrección" y "la desesperada lucha para restaurarla [su soberanía] ha degenerado en una contienda que sólo significa inútiles sacrificios de vidas humanas y la completa destrucción de toda riqueza (...)". "Es inminente –sigue Cleveland– la más completa ruina de la Isla, a menos que se ponga rápidamente término a la actual lucha (...)".

Esta dimensión del conflicto, agudizada a lo largo de 1896, justifica la toma de posición adoptada por el presidente de Estados Unidos. La contemplación de la ruina de la Isla suscita la simpatía y la solidaridad entre los norteamericanos. Fomenta también la ayuda a los patriotas cubanos, que desarrollan, a su vez, una intensa actividad en el territorio estadounidense, organizando expediciones que obligan –según Cleveland– a una labor extraordinaria de vigilancia de las costas. Y, sobre todo, la guerra causa considerables perjuicios a los intereses económicos de Estados Unidos.

Pese a todo, Cleveland se sitúa en la misma línea que Olney: concesión de la autonomía por parte de España y amistoso ofrecimiento de Washington de emplear "sus buenos oficios" ante las partes como garantía de la paz. Así podría alcanzarse la pacificación de la Isla y conciliarse los factores contrapuestos: el "honor" de España, las aspiraciones insulares,"la prosperidad de la isla y el bienestar de sus habitantes". Esta apuesta por la autonomía va seguida por la oferta de empeñar sus "amistosos oficios", en el sentido de que ambas partes le aceptasen como garante del acuerdo. Cleveland espera la respuesta de España y añade que "no se ve motivo para que [la propuesta] no sea aprobada por los insurrectos".

Hasta aquí, el lenguaje de paz. Pero ya con anterioridad, Cleveland había cuestionado la fórmula de Cánovas, de concesión de reformas tras la sumisión de los insurrectos y había enumerado varias opciones de intervención de Estados Unidos, desde el reconocimiento de la independencia (rechazada porque el único Gobierno como tal en la Isla seguía siendo el español), o la compra de la misma ("sugestión ésta probablemente digna de consideración" si España la aceptara), o una guerra con España, que "no habría de alcanzar grandes proporciones ni ser de éxito dudoso".

A pesar de que inmediatamente Cleveland manifestaba su preferencia por el derecho y la paz, la espada de Damocles quedaba ya suspendida sobre el colonialismo español. Cleveland puntualiza: "Debo añadir que razonablemente no puede admitirse que la actitud hasta ahora expectante de los Estados Unidos sea mantenida indefinidamente".

La conclusión no podía ser más clara: de seguir la guerra sin que España acudiera a los "amistosos oficios" de Norteamérica, ésta adoptaría la decisión de intervenir en Cuba. No se equivocaban los comentaristas peninsulares que, a partir de este momento, empiezan a hablar de riesgo de guerra con Estados Unidos.

Don *Tancredo* Cánovas

El presidente del Gobierno español respondió por medio de una larga entrevista concedida a *The Journal* de Nueva York, celebrada en Madrid el 17 de diciembre. "Las declaraciones que me hizo acerca de la política de su Gobierno en lo que se refiere a la cuestión de Cuba, –anota el periodista desplazado a Madrid– constituyen una réplica directa al Mensaje de Mr. Cleveland y a las amenazas de intervención norteamericana".

Ante el cambio en la posición de Cleveland, Cánovas optaba por mantener la suya, reiterando que cualquier reforma vendría sólo tras la victoria, rechazando toda mediación y adoptando un puro dontancredismo –"España no se apartará de esta línea de conducta suceda lo que quiera"–, basado en la idea de que la capacidad militar y el honor de España, respaldados por el reciente éxito en el empréstito para cubrir los gastos de guerra.

El tono de Cánovas era altanero: "España no puede consentir que se la den consejos para el arreglo de sus asuntos interiores por ningún otro gobierno, ni puede consentir que ninguna agitación extranjera influya en sus tratos con la colonia rebelde. Este gobierno quiere la paz, pero no renunciará a la guerra por ningún motivo que afecte a su honor. Si los Estados Unidos obligan a España a la guerra, estamos prontos a la defensa, pero resueltos a ser los agredidos, no los agresores"(...)

Por otra parte, Cánovas precisaba en la entrevista que nunca ese *self-government* local podía ser una autonomía del tipo de la de Canadá, pues España debería conservar la plena soberanía. A Estados Unidos, les dirigía además una seria advertencia sobre la catástrofe que supondría para ellos la independencia de Cuba. El enfoque de Cánovas es estrictamente racista: "Cuba independiente significaría una República dominada enteramente por negros, no como los negros de los Estados Unidos, sino como los negros de Africa, africanos en todos sentidos". Esa negritud servía de base para el optimismo teniendo en cuenta que, con la muerte de Antonio Maceo, "los insurrectos negros, que constituyen la mayoría, han perdido su hombre más hábil". Quedaba Máximo Gómez, pero éste era blanco y extranjero "y no puede ejercer la influencia de Maceo". Seguiría la guerra: "España se considera bastante fuerte para continuar las campañas de Cuba y Filipinas hasta conseguir la paz. No importa lo que pueda durar la contienda, porque la nación está unida. La Reina, el pueblo y el Gobierno tienen el mismo objetivo: continuar la guerra hasta aplastar las dos insurrecciones".

Carlos O'Donnell y Abreu, duque de Tetuán, ministro de Estado con Cánovas, 1890-91 y 1895-97 (José Piquer, Museo del Ejército, Madrid).

Cánovas pudo contar con el paréntesis que suponía la toma de posesión del nuevo Gobierno de McKinley en marzo de 1897. En todo caso, Cánovas trató de cambiar algo las cosas al llegar McKinley al poder, publicando por lo menos, y anunciando la entrada en vigor cuando se pudiera, una versión modificada de la *reforma Abárzuza*. El 2 de abril escribía a Weyler que confiaba en las reformas por aplicar cuando la situación militar lo permitiera: "Es lo único que puedo intentar para no dejar perder los frutos de la guerra o para caer al menos con honor, dejando a otros la responsabilidad del inevitable desastre".

Pintan bastos

El 26 de junio, el secretario de Estado, John Sherman, entregaba al embajador de España en Washington, Dupuy de Lôme, una nota donde se condenaba la guerra desarrollada por Weyler. Pedía que la guerra se desarrollase según los códigos militares civilizados" y "un arreglo permanente" después de "trece años" (sic) de conflicto. A esa cláusula humanitaria recurrirá el Gobierno norteamericano en lo sucesivo para justificar su intervención como una guerra justa.

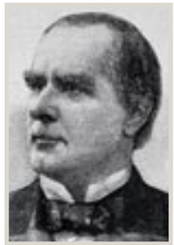
General Stewart L. Woodford, embajador norteamericano en Madrid desde el verano de 1897 hasta la ruptura de relaciones en abril de 1898 (caricatura de *Gedeón*, 1897, colección A. Elorza).

Dupuy respondió el 30 de junio relativizando la cuestión de los concentrados, ensalzando la generosidad de España y desplazando la responsabilidad de la prolongación de la guerra sobre el "pueblo americano" que seguía auxiliando a "los filibusteros". Washington tenía ya abierta la vía para justificar su intervención, por la negativa española a aceptar sus recomendaciones humanitarias. "El señor de Cánovas está ciego, quizás deliberadamente", comentaba el 12 de julio el embajador norteamericano en Madrid, Hannis Taylor, a su colega inglés. Y añadía: "En cualquier caso, el presente estado de cosas... no resulta ya tolerable".

Pero aún hubo más. El 4 de agosto, el duque de Tetuán enviaba una nota al Gobierno de Washington, cuyas apreciaciones le parecían exageradas e inexactas. Argüía que, en la Guerra de Secesión, la reconcentración había sido aplicada por el general Sherman, y que, en Cuba, tambien los insurrectos destruían. Rechazaba los cargos contenidos en la nota e insistía en que "lo verdaderamente humanitario y razonable" era que Washington se opusiese "con eficaz energía a los constantes auxilios que la

insurrección recibe de ciudadanos norteamericanos, y a que continúe subsistiendo la pública y organizada dirección que desde allí opera, sin lo cual mucho tiempo hace que la insurrección estaría totalmente extinguida por las armas".

Por aquellos días fue relevado el embajador Taylor por el general Woodford, ocasión aprovechada por McKinley para convertir la amenaza de Cleveland en la advertencia previa a un ultimátum. Cánovas fue asesinado el 8 de agosto de 1897, cuatro días después de que el duque de Tetuán enviara su nota; el luto español no evitó el aviso de ultimátum presentado por Woodford como respuesta, aunque aplazó unos meses el desenlace.



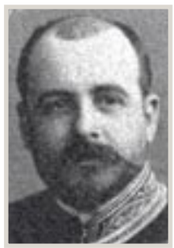
William McKinley, presidente EE.UU., 1897-1901

La nota de Woodford, presentada el 23 de septiembre, tenía el mismo esquema que el mensaje de Cleveland, aunque enfatizando lo negativo. El pasado inmediato de Cuba estaba plagado "de graves desórdenes y conflictos sangrientos"; con trece años de guerra, las expectativas de "autogobierno local" se habían visto defraudadas (la autonomía

"España prefiere ir a la guerra que llegar a un acuerdo que pudiera ser considerado de tipo mercenario o causa de descrédito (...) Temo que los próximos meses estarán marcados por el desastre" (embajador británico en Madrid)

deja de ser una solución, convirtiéndose en una expectativa perdida) y, al consolidarse, la insurrección ha puesto de relieve la incapacidad de España para ganar la guerra. Y todavía más: "Es ilusorio para España esperar que Cuba, aun en la hipótesis de haberla podido sojuzgar por el completo aniquilamiento de sus fuerzas, pueda jamás mantener con la Península relaciones que ni remotamente se parezcan a las que en un tiempo sostuvo con la Madre patria".

La incapacidad (*inability*) de España tenía dos consecuencias convergentes: la ruina de la Isla y un perjuicio inaceptable para los intereses económicos de Norteamérica, a lo cual se sumaba la perturbación que la guerra suponía para la convivencia social y política. A diferencia de los textos de Cleveland, el eje del discurso de Woodford se traslada al interior de Estados Unidos, que se convierte en juez y en protagonista efectivo de la cuestión cubana. De ahí que se exhiban los derechos, que residirían en Estados Unidos como "nación expectante", afectada por la crisis y de los que se derivaría la exigencia de una intervención.



Enrique Dupuy de Lôme, embajador de España en EE.UU.

Esta era una perspectiva inmediata si España no ponía ya fin a la guerra con "proposiciones de arreglo honrosas para ella misma y justas para su colonia y para la humanidad". Estas "proposiciones justas" pueden ser una referencia indirecta a la autonomía. Pero lo inmediato es la exigencia de terminar la guerra: "España no puede esperar de los Estados Unidos que permanezcan ociosos dejando padecer grandes intereses, que se agiten nuestros elementos políticos y que el país se alborote perpetuamente, mientras no se hace ningún progreso aparente en la solución del problema cubano".

El punto de llegada era, como siempre, el "amistoso sugerimiento de que los buenos oficios de los Estados Unidos puedan ser interpuestos con ventaja para España", precisando que de ellos habría de salir "un pacífico y duradero resultado". Pero el ofrecimiento tenía esta vez fecha precisa. El Gobierno español debería formular la aceptación del ofrecimiento o dar seguridades de que la pacificación estaba asegurada en octubre de 1897. De otro modo, Estados Unidos cesaría en su "inacción".

La respuesta española tardó en producirse a causa del cambio de Gobierno a principios de octubre. Sagasta agotó casi el plazo dado por Washington, aprovechando para anunciar la concesión de la autonomía a Cuba, con lo cual esperaba aplacar tanto a la Isla como a McKinley. Firmada por Pío Gullón, nuevo ministro de Estado, partía de una acogida cordial a la *Nota Woodford*, que era muestra de la amistad que reinaba entre los dos países y ponía todas sus esperanzas de pacificación en el "cambio total y de extraordinaria trascendencia" que pronto tendría lugar. Una vez proclamada la medida política que propiciaría la paz, Gullón demandaba a Estados Unidos que impidiera toda ayuda a la insurrección desde su territorio.

Esto refleja la posición ya adoptada por el Gobierno para el caso de que las reformas no tuvieran influencia positiva en Estados Unidos. "España prefiere ir a la guerra con Estados Unidos –resume el embajador británico, el 18 de octubre– que llegar a un acuerdo que pudiera ser considerado de tipo mercenario o causa de descrédito". "Temo que los próximos meses estarán marcados por el desastre", añadía con lucidez. Tambien la Regente, que al final agotará sus medios para impedir la guerra, creía, según el embajador francés, que "la guerra con Estados Unidos era el supremo recurso para salvar el honor nacional y quizás tambien el trono, en el caso de que España debiera perder las Antillas". La Regente esbozó de nuevo el intento de recabar el apoyo exterior, pero sin éxito alguno, según Reverseaux: "Habiendo insinuado Su Majestad que esperaba mucho del apoyo de Rusia y de Francia (se le dijo) que debía contar con las fuerzas propias de España, sin que las muy sinceras simpatías de Francia pudieran afirmarse de manera útil". Lo mismo le había dicho a Moret el 10 de octubre.

La rapacidad del águila

Al aislamiento de España se contraponía la firmeza de la estrategia aplicada por McKinley a través de Woodford, de la que dan cuenta franceses y británicos. Aunque no lo pareciera, McKinley no perseguía ni la autonomía ni la libertad de Cuba, sino controlar el desenlace. Según advierte Reverseaux, el 12 de octubre: "Los liberales pueden dar la autonomía a Cuba, siempre que consigan salvaguardar en cierta medida los intereses de los armadores y de los industriales españoles, pero les es imposible aceptar la mediación de Estados Unidos y ésta es, sin embargo, la única cosa seria que se espera de ellos en Washington". "El Sr. Woodford –advertía dos días antes– con el que me he entrevistado largamente, esconde cuidadosamente las uñas , pero se notan las garras bajo su guante".

El acorazado *Maine* en la bahía de La Habana, el 14 de febrero de 1898 (Henry Reuterdahl, litografía de P. F. Collier, colección Juan Pando de Cea).

El 2 de diciembre de 1897, el ministro plenipotenciario de España en Washington, Dupuy de Lôme, expresaba su optimismo: "Nunca ha sido tan buena la situación política, ni tan fácil mi misión desde Mayo del 95". Cuatro días después, el presidente McKinley presentaba su mensaje a las Cámaras, donde trataba ampliamente de la cuestión cubana. Como en la *Nota Woodford*, el punto de partida era una amplia revisión de los enfrentamientos de la Isla con la metrópoli, declarando su simpatía hacia ésta –"no desea nuestro pueblo aprovecharse de las desgracias de España"–; el acento se ponía sobre las aspiraciones cubanas, basadas en "sus esfuerzos para obtener el goce de más amplias libertades y una administración autónoma", de los que surgieron el descontento y, más tarde, la insurrección.

General Fitzhugh Lee, cónsul de EE.UU. en La Habana

A la legitimidad del levantamiento cubano se une la declaración de que los intereses de Estados Unidos no pueden tolerar la prolongación indefinida de la guerra. El mensaje saludaba positivamente las intenciones del Gobierno Sagasta, el propósito de llevar humanitariamente la guerra y de proclamar la autonomía, rechazando, en cambio, airadamente la acusación de que Estados Unidos incumplía sus obligaciones de neutralidad.

La autonomía detenía la intervención americana, pero Washington intervendría si la paz no llegaba. El mensaje parece el aplazamiento de una ejecución: "Honradamente debemos a España y a nuestras amistosas relaciones con esa Nación el darle la oportunidad razonable para realizar sus esperanzas y probar la pretendida eficacia del nuevo orden de cosas, al cual se ha comprometido de una manera irrevocable". La supuesta "benévola expectación" se reiteraba en la nota entregada en Madrid el 20 de diciembre por Woodford.

Era un aplazamiento de la sentencia, junto con una previsión intervencionista. La descalificación de la autonomía, el demoledor informe del cónsul norteamericano en Cuba, Fitzhugh Lee, y la algarada militarista en La Habana del 12 de enero de 1898, respondida con el envío del *Maine*, pondrían en marcha la intervención. Es significativo que el capitán Sigsbee no cumplimentara al Gobierno autonómico cuando entró en La Habana. La filtración de la ofensiva carta de Dupuy de Lôme y la explosión del *Maine* hicieron el resto.

La nueva nota de Woodford del 29 de marzo era un ultimátum en regla, exigiendo el armisticio unilateral de España "contando para ello con los amistosos oficios del presidente de Estados Unidos". El Gobierno, presionado por la Regente, lo aceptó, pero fue inútil porque Washington pretextó que los insurrectos lo rechazaban. Tampoco sirvió de nada el intento de los embajadores de las Grandes Potencias para que sus países manifestasen a McKinley la sinrazón de una declaración de guerra.

Barclay, encargado de negocios británico en Madrid, confirma la impresión de los embajadores: "Sé por alguien a quien se han mostrado las cartas privadas del general Woodford al Presidente que éstas no dejan dudas acerca de que este último había tomado desde hace tiempo la resolución de expulsar (*get out*) a España de Cuba, por la diplomacia si era posible, pero por la guerra si resultaba necesario, y que éste ha sido el objeto de la misión del general Woodford en Madrid (...).

El objetivo de McKinley iba más allá de la pacificación de Cuba. Woodford se lo explicó a Barclay el 3 de marzo: la pérdida de la Isla por España era inevitable. Estados Unidos no deseaba la anexión en un momento tan complicado, pero sólo había un desenlace posible: "Tan seguro como que amanece cada mañana, más pronto o más tarde Cuba será americana".

Dos hombres nefastos

El agotamiento de la política inmovilista de Cánovas era visible incluso dentro de España. El cambio de actitud del Partido Liberal, anunciado por Sagasta y concretado en la toma de posición de Moret por la concesión de la autonomía, reflejaba una actitud que se incubaba desde meses atrás y que encontró su manifestación más radical en las confidencias hechas por la Reina Regente al embajador francés, reflejadas en su despacho de 28 de abril de 1897: María Cristina no se dejaba deslumbrar por los telegramas optimistas de Weyler, "que engaña a su país para eternizar una guerra de la que vive, ni tampoco por los funestos efectos de la política de Cánovas, 'los dos hombres nefastos de este país', dijo".

A sangre y fuego

La táctica de Martínez Campos entregó Cuba a los mambises; la ferocidad de Weyler le dio la iniciativa, pero no la victoria. La intervención norteamericana dejó a España sin opción alguna de éxito militar

Gabriel Cardona
Profesor titular de Historia Contemporánea
Universidad Autónoma de Barcelona

CUANDO, EL 24 DE FEBRERO DE 1895, se levantaron en armas numerosas partidas, las autoridades españolas no se mostraron especialmente inquietas. El tiempo pareció darles la razón: la sublevación sólo se consolidó en Oriente. Las fuerzas españolas en Cuba se reducían a 15.900 soldados más una pequeña escuadra para vigilar las costas. Calleja, el capitán general, pidió refuerzos y el Gobierno Sagasta le envió 9.000 hombres. Entre tanto, los sublevados de Oriente campaban a sus anchas.

El 23 de marzo, dimitió este Gobierno y le sucedió un gabinete presidido por Cánovas, que varió de política: sustituyó a Calleja por Martínez Campos. Para reforzar su acción envió a Cuba 7.252 soldados y fusiles *Mauser* de cinco tiros, para sustituir a los *Remington,* de un solo disparo.

El nuevo capitán general tomó el mando el 16 de abril de 1895, cuando ya habían desembarcado en Cuba –o estaban haciéndolo– José Martí, Antonio y José Maceo, Máximo Gómez, Flor Crombet y otros líderes que llegaban para encabezar la rebelión, sin que la menguada marina de la Isla pudiera impedirlo. La pronta muerte de Martí, en el combate de Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, no terminó con la sublevación, que multiplicó su violencia para quebrar la resistencia española.

A las devastaciones y matanzas, Martínez Campos respondió con una táctica defensiva. Para calmar la inquietud de los españoles, repartió muchos de sus soldados por pueblos y haciendas y, con las tropas restantes, organizó columnas que recorrían los caminos en busca de rebeldes. Así esperaba obligar a negociar a los mambises. Contaba con su propia experiencia de la tercera guerra carlista, concluida en 1876 y de la cubana *de los Diez Años*, cerrada con el Acuerdo de Zanjón de 1878. En ambos casos, había combinado las operaciones militares con los sobornos y los tratos. Pero esta guerra era diferente y los independentistas cubanos sólo admitían la independencia.

Los soldados controlaron casi todas las poblaciones y haciendas, pero los guerrilleros se adueñaron de los campos. En esta época se entablaron numerosos combates; el más importante ocurrió en Peralejo el 13 de julio, cuando se enfrentaron las fuerzas de Antonio Maceo a las de los generales Martínez Campos y Santocildes. La batalla duró cinco horas; Santocildes resultó muerto y Martínez Campos estuvo a punto de caer prisionero.

Guillermo Moncada, general independentista, 1840–1895

Flor Crombet, general independentista, † 1895

La invasión de Occidente

La circunspecta táctica española dejó la iniciativa en manos de los mambises. Tomás Estrada Palma decretó que toda la población estaba obligada a colaborar con la causa de la independencia, bajo pena de confiscación o de expulsión. Quedó prohibido comerciar con las poblaciones ocupadas por los españoles y trabajar en sus fábricas y haciendas, que serían destruidas en caso contrario.

El 22 de octubre de 1895, los independentistas iniciaron su mayor operación de toda la guerra. Antonio Maceo y el Gobierno partieron de las Mangas de Baragua (Santiago de Cuba), con la finalidad de recorrer la Isla de Este a Oeste, extendiendo la sublevación a su paso. Aunque Martínez Campos envió fuerzas para detener aquellas columnas y se produjeron muchos combates, no pudo impedir que la invasión de Occidente siguiera su camino.

La Trocha de Júcaro –línea fortificada iniciada durante la guerra anterior y no terminada– pretendía aislar las provincias de Oriente del resto de la Isla. Pero Antonio Maceo, con 1.500 hombres, la atravesó fácilmente el 29 de noviembre y entró en la provincia de Santa Clara, donde se reunió con Máximo Gómez. Entre los choques librados destacó el de Mal Tiempo, el 15 de diciembre de 1895, en el que los españoles sufrieron unas 300 bajas y abandonaron abundante material. Con ambas fuerzas formaron dos columnas: Maceo continuó la marcha hacia Occidente; Gómez, con el Gobierno revolucionario, retrocedió hacia la provincia de Camagüey.

En la provincia de Matanzas, Martínez Campos decidió cortar el paso a Maceo. El 23 de diciembre, chocaron en Coliseo; las columnas mambises desbordaron las líneas del capitán general, quien estuvo a punto de perder la vida. El temor invadió La Habana que, el día de Reyes de 1896, fue puesta en estado de sitio mientras, en el campo, se combatía con resultados desiguales. Los mambises no lograban tomar ninguna población importante, pero dominaban numerosas localidades pequeñas.

La columna de Antonio Maceo penetró en Pinar del Río, la provincia más occidental de la Isla: la invasión de Occidente se había convertido en un éxito y las adhesiones al independentismo crecían sin cesar. Cánovas cesó a Martínez Campos, cuya política había fracasado, y el general abandonó la Isla sin esperar su relevo.

La feroz guerra de Weyler

Valeriano Weyler, veterano de cuatro guerras y con fama de resolutivo, fue su sustituto. Desembarcó el 10 de febrero de 1896 y encontró un panorama desolador. Antonio Maceo dominaba Pinar del Río, mientras Máximo Gómez controlaba los accesos de La Habana: no entraban alimentos si no se pagaban impuestos a los rebeldes; apenas funcionaba el telégrafo; circulaban escasos trenes y con fuerte protección; en su mayor parte, los soldados estaban enfermos o desperdigados en destacamentos.

No era Weyler hombre que se desanimara y decidió invertir la estrategia de Martínez Campos. Reformó la organización militar, sustituyó a los soldados que guardaban las fincas por voluntarios armados y creó columnas militares más fuertes y homogéneas. No pretendía defender el territorio sino atacar sin descanso a los mambises, aún a costa del agotamiento de sus soldados, que fueron armados con fusiles *Mauser*.

Su plan consistía en actuar sucesivamente en cada una de las provincias, acosar al enemigo en su interior y pacificar el territorio de Oeste a Este. Dejó las operaciones de Oriente en manos de los generales de la zona y se dedicó a luchar personalmente en el resto de la Isla. Al mismo tiempo, ordenaba concluir la Trocha de Júcaro, hasta hacerla infranqueable, aislando Oriente del resto de la Isla. Paralelamente, ordenó preparar una nueva trocha entre Mariel y Majana, que señalaba el límite de la provincia de Pinar del Río.

Como el nombramiento de Weyler había esperanzado a los españolistas, Máximo Gómez y Antonio Maceo redoblaron su actividad para que no decayese la guerrilla. Ante tal reactivación, Weyler dividió la provincia de La Habana en sectores y a cada uno de ellos destinó una columna, formada por un batallón a pie y una *guerrilla* a caballo, cuya misión era no dar tregua a los independentistas. Esta nueva forma de hacer la guerra se reveló efectiva y

Arsenio Martínez Campos, arriba, **no logró negociar la paz y fue militarmente arrollado por la insurrección. En Peralejo estuvo a punto de ser hecho prisionero, salvándole la intervención del general Santocildes,** abajo derecha, **que resultó muerto en la acción.**

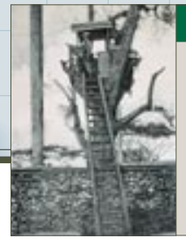
General Antonio Maceo, el más carismático de los militares independentistas cubanos, al punto de que su muerte fue recibida en España como una gran victoria militar.

Obsérvese en el mapa el esquema de la marcha independentista de Oriente a Pinar del Río, propagando la sublevación. Las batallas de la guerra fueron, en general, escaramuzas; se reseñan aquellas que tuvieron especial significado: Martí murió en Dos Ríos; Santocildes, en Peralejo; Maceo, en Punta Brava; en Cascorro alcanzó la inmortalidad Eloy Gonzalo...

Tropas regulares españolas

Cuba, 1898

Isla de 110.922 km. cuadrados, con una población de 2.200.000 habitantes, de los cuales 1.400.000 eran blancos –nativos y de origen español en su mayoría–, ascendiendo la población negra, mestiza o china apenas a 800.000 almas. Las Fuerzas Armadas contaban con 150.000 hombres, a los que había que añadir cerca de 80.000 milicianos; las filas de los mambises contarían a lo sumo con 50.000 hombres armados.



Trocha

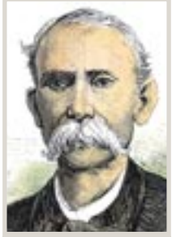
Amplia franja de terreno desbrozado, de norte a sur de la Isla, vigilada desde torres de observación, cuyos centinelas comunicaban por heliógrafo a las tropas los movimientos que observaban en la zona despejada.

los mambises se vieron en situación cada vez más difícil. Máximo Gómez, experimentado en las guerras de Santo Domingo a favor de los españoles y en la *de los Diez Años* contra ellos, dejó de presionar La Habana, aunque se zafó magistralmente del acoso, salvando sus tropas y su vida.

Antonio Maceo quedó arrinconado en Pinar del Río. Weyler aisló la provincia con la Trocha de Mariel-Majana, guarnecida con 12.000 hombres, para impedir que escapara o que pudieran socorrerlo. En el interior de Pinar del Río, el general Linares acosó con tres columnas al famoso independentista, que se zafó a base de marchas y contramarchas, librando con ventaja muchos combates que nunca fueron decisivos, pero perdiendo la iniciativa.

Pronto, falto de suministros, hubo de batirse continuamente en retirada, sobre todo a partir del 30 de abril, cuando los españoles tomaron su campamento de Cacarajícara. En verano, Antonio Maceo se refugió en las lomas de El Rubí y, el 22 de octubre, fracasó al intentar salir de la provincia a través de la línea Mariel-Majana. Para socorrerle, Máximo Gómez trató de forzar esa trocha, pero el combate de Ciego Romero frustró sus propósitos.

Ese otoño, Weyler puso en marcha una medida que se haría célebre por su dureza: a fin de impedir que los campesinos de Pinar del Río apoyaran a los guerrilleros, fueron obligados a "reconcentrarse"; es decir, a residir en poblados con guarnición militar. Ello desencadenó un azote de penurias y enfermedades, a causa de la aglomeración de los reunidos, la falta de higiene y elementos sanitarios y la escasez de alimentos.



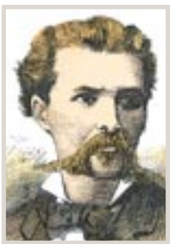
MÁXIMO GÓMEZ, principal jefe militar independentista, 1836–1905

Calixto García, antiguo jefe mambí de la guerra *de los Diez Años*, también había regresado a Cuba y, a finales de abril de 1896, fue nombrado comandante de Oriente. Para obligar a Weyler a aflojar su ofensiva en Pinar del Río, intensificó la guerra en Oriente y, en la llanura de Saratoga, derrotó a las columnas de los generales Jiménez Castellanos y Godoy. Para aumentar la presión militar, Máximo Gómez se incorporó a la guerra en Oriente, donde organizó la conquista de los fuertes de Cascorro y Guaimaro, disponiendo ahora del apoyo de varios cañones ligeros llegados de Estados Unidos.

Antonio Maceo, aislado en Pinar del Río, burló la Trocha de Mariel en un pequeño barco; su partida fue sorprendida en Punta Brava por la columna de Cirujeda y el caudillo mambí murió en el tiroteo

Cascorro sufrió un asedio muy comprometido, hasta que lo liberó la columna del general Jiménez Castellanos; allí se cubrió de gloria el soldado Eloy Gonzalo. Calixto García se apoderó de Guaimaro y, aunque era un pueblo sin valor militar, su caída tuvo importancia propagandística al desmentir a Weyler, que aseguraba tener ganada la guerra.

Pese a los esfuerzos de los jefes mambises, Weyler no mordió el cebo, dejó a las fuerzas de Oriente que se las arreglaran por su cuenta y prosiguió la campaña en Pinar del Río. El 9 de noviembre conquistó El Rubí, último refugio de Maceo. Éste fracasó de nuevo al intentar cruzar la Trocha de Mariel-Majana, pero insistió y, tres semanas más tarde, logró abandonar Pinar del Río y pasar a la provincia de La Habana, bordeando la línea fortificada en una barca, con sólo 23 hombres. Después, se reunieron con una columna mambí de unos 450 hombres. El 7 de diciembre chocaron con la columna del comandante Francisco Cirujeda en Punta Brava y en el tiroteo murieron Antonio Maceo y *Panchito*, el hijo de Máximo Gómez, que le servía de ayudante. La campaña casi terminó en Pinar del Río, donde quedó aislado Rius Ribera, con pequeñas fuerzas acosadas por el ejército.



CALIXTO GARCÍA, jefe de la sublevación en Oriente, 1839-1898

Máximo Gómez organizó una nueva invasión de Occidente. Dejó a Calixto García en la guerra de Oriente y, el 26 de diciembre de 1896, cruzó la Trocha de Júcaro con 400 hombres y un convoy de armas. Pretendía reclutar nuevos efectivos en el centro de la Isla y retomar su idea de efectuar una nueva marcha hacia Occidente. Sin embargo, no logró salir de Santa Clara, porque Weyler había hecho fortificar los vados y pasos del río Hanábana, límite entre Santa Clara y Matanzas.

Máximo Gómez, a la defensiva

Los españoles, entre tanto, proseguían su operación de limpieza. De Oeste a Este, una provincia tras otra, Weyler decretaba la reconcentración, movía las tropas en dirección a Oriente y aseguraba el terreno. Los guerrilleros no tuvieron más remedio que retroceder o fraccionarse en partidas pequeñas que cifraban su salvación en la movilidad.

Mientras el capitán general limpiaba las provincias de La Habana, Matanzas y Santa Clara, Máximo Gómez permaneció veinte meses en esta última, moviéndose en un espacio muy reducido. Todavía el 21 de marzo de 1897 recibió el apoyo de Quintín Banderas, que cruzó la Trocha de Júcaro con una columna. Poco después, la fortificación quedó terminada y resultó muy difícil de atravesar.

El plan de Weyler entraba en su última fase. A fines de mayo de 1897, seguían los combates en

Arriba, izquierda, **Valeriano Weyler; pese a su dureza, no pudo ganar la guerra (Museo del Ejército, Madrid).** Arriba, derecha, **panoplia con los hitos y los personajes de la victoria norteamericana.**

Oriente, pero en el resto de Cuba sólo quedaban partidas pequeñas que se movían a la defensiva. Los trenes circulaban sin escolta, se hacía la zafra y funcionaba el telégrafo; el general esperaba que en otoño, cuando cesara el temporal de lluvias, podría iniciar la definitiva batalla de Oriente.

Una guerra suicida

Tras el asesinato de Cánovas, Sagasta formó gobierno en Madrid el 4 de octubre de 1897. En su primer consejo, el día 6, fue destituido Weyler, sustituyéndolo por el general Blanco, que había fracasado en Filipinas. El nuevo jefe llegó a Cuba el 31 de octubre, con órdenes de renunciar a nuevas ofensivas y de limitarse a perseguir a las partidas que operaban en la zona ya pacificada.

España estaba ya cansada de la guerra. Desde su comienzo había enviado a Cuba 185.277 hombres; a Filipinas, 28.774 y a Puerto Rico, 4.848; les habían acompañado 172.000 fusiles y 10.000 carabinas. Las pérdidas humanas y económicas eran considerables. Por ello, el nuevo Gobierno, buscando el camino de la paz, concedió la autonomía a Cuba y Puerto Rico. Autonomía que los revolucionarios cubanos rechazaron de inmediato.

La jefatura de Blanco no iba a ser plácida: el 15 de febrero de 1898 estalló el *Maine*; el 20 de abril el Gobierno norteamericano envió su ultimátum al español e, inmediatamente, inició las operaciones de bloqueo naval. El 23, la *US Navy* apresó dos barcos españoles y se mostró frente a La Habana. Dos días más tarde, el 25, se declaró oficialmente la guerra, con efectos retroactivos al día 21. Una semana después, la escuadra de Cervera zarpó de Cabo Verde rumbo a las Antillas.

La ruptura entre España y Estados Unidos reactivó la sublevación de Filipinas y, el 14 de marzo, los independentistas atacaron Bolinao, descubriéndose nuevas conspiraciones en Manila. Por entonces ya no era capitán general de Filipinas Primo de Rivera, sino Basilio Augustín, quien contaba con un ejército pequeño y una anticuada escuadra. Ante la difícil situación, movilizó a todos los peninsulares allí establecidos y a sus hijos, de entre 18 y 50 años; aceptó el alistamiento de indígenas; organizó unidades de voluntarios y recabó recursos económicos a las entidades más importantes.

Mandaba la escuadra de Filipinas el almirante Montojo y las autoridades decidieron que la vejez y atraso de sus barcos le impedían hacerse a la mar en busca del enemigo. Era preferible que la escuadra permaneciera en el interior de la bahía de Manila; en consecuencia, se dirigió a Cavite, donde fondeó el 30 de abril de 1898. La flota americana del almirante George Dewey, similar en número a la española, pero mucho más poderosa y moderna, recibió la orden de destruir los barcos de Montojo. La noche del 30 de abril al 1 de mayo, los buques norteamericanos entraron en la bahía sin que lo pudieran impedir los cañones ni los torpedos, cuyos cables habían sido cortados por saboteadores.

Salida de Santiago de la escuadra de Cervera, el 3 de julio de 1898: su desventaja se considera hoy de 1 a 50. En cabeza, el crucero *María Teresa* (F. Portela de Llera, Museo Naval, Madrid).

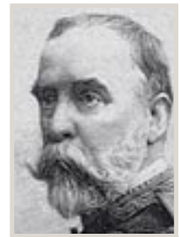
La escuadra española contaba con seis buques de madera, algunos de ellos con las calderas averiadas y solamente uno blindado, que no pudieron hacer otra cosa que permanecer inmóviles, precariamente respaldados por los cañones de Cavite, frente a los siete barcos americanos con casco de acero que se les enfrentaban. Al amanecer del primero de mayo, se rompió el fuego, sin que la artillería española lograra alcanzar a sus enemigos, que practicaron un verdadero tiro al blanco y hundieron todos los barcos de Montojo. El desastre se completó con la rendición del arsenal y la ciudad de Cavite.

En Santiago se salva el honor

Cervera, que se enteró del terrible final de la flota de Filipinas mientras navegaba hacia el Caribe, alcanzó Santiago de Cuba –capital de la provincia de Oriente, donde más fuertes eran los independentistas– sin tropezarse con los norteamericanos, que patrullaban el Atlántico.

Los norteamericanos bombardearon el 12 de mayo San Juan de Puerto Rico y, el 26, bloquearon Santiago. Luego llevaron a cabo algunas escaramuzas y tanteos hasta que, el 6 de junio, desembarcaron en Guantánamo, ante un inútil hostigamiento de los españoles. El verdadero desembarco tuvo lugar a partir del 22 de junio: 18.000 americanos saltaron a tierra en Daiquiri, mientras las partidas cubanas hostilizaban a los españoles.

PASCUAL CERVERA, almirante de la escuadra derrotada en Santiago de Cuba



RAMON BLANCO Y ERENAS, capitán general de Cuba en la guerra con Estados Unidos

Calixto García logró que los recién llegados aceptaran su plan de cercar Santiago. Los americanos atacarían por el Este, mientras los cubanos se situaban al Oeste, para evitar que llegaran refuerzos. La guarnición de Santiago se reducía a unos 10.000 hombres y Blanco planeó enviar dos expediciones de auxilio: una, en barco, a Manzanillo y otra, consistente en una brigada bien dotada de municiones de víveres, que avanzaría por el interior de la Isla. También, mientras llegaban las ayudas, desembarcaron 600 marineros de la escuadra de Cervera con el fin de reforzar a los defensores.

Los americanos comenzaron a avanzar el 1 de julio, ayudados por globos cautivos, que les prestaban una magnífica observación sobre las defensas enemigas. Fuera de las fortificaciones de Santiago, se habían organizado sendas posiciones en El Caney y las Lomas de San Juan, que se defendieron con gran tesón ante fuerzas muy superiores.

El Caney resistió hasta que los norteamericanos lograron entrar en su perímetro, cuando gran parte de los defensores ya había muerto; entre ellos, su jefe, Vara del Rey. En las Lomas de San Juan resistieron otros 250, hasta que fueron forzados a replegarse. En un contraataque murió el capitán de navío Bustamante y fue gravemente herido el general Linares. Santiago quedó defendido por una línea de trincheras; de los prometidos refuerzos sólo llegó el coronel Escario, con una columna de 3.700 hombres, agotados, sin víveres ni municiones.

Horas antes de la entrada en Santiago de estos refuerzos, Cervera, obedeciendo órdenes de Madrid

y de La Habana, abandonó el puerto para presentar combate. A las 9 de la mañana del 3 de julio de 1898, los buques españoles iniciaron su salida a mar abierto y, cuatro horas más tarde, estaban todos destruídos.

Ante la inminencia del asalto norteamericano, la población civil abandonó la ciudad. La guarnición resistió hasta que Blanco autorizó la capitulación, cuyas conversaciones comenzaron el 12 de julio y el acta se firmó el 16. Al día siguiente, se izó la bandera estadounidense, se prohibió la entrada en la ciudad a los guerrilleros cubanos y se nombró un gobernador norteamericano.

A fin de acumular bazas para el tratado de paz, el 25 de julio, también desembarcaron tropas norteamericanas en Puerto Rico, donde no había guerra y nadie había reclamado su presencia. La escasa guarnición española allí destacada realizó algunas escaramuzas, hasta que llegó la orden de suspender cualquier actividad militar.

El final de Filipinas

Una vez caído Cavite, la rebelión se extendió con fuerza, porque el final de los españoles se adivinaba inminente. El 25 de mayo regresó a Filipinas Emilio Aguinaldo, activando tanto la sublevación que Manila quedó cercada un mes más tarde. Las tropas españolas habían perdido su efectividad, debido a las deserciones y sediciones de los soldados indígenas, hasta el extremo de que el comandante Pazos fue muerto por sus propios hombres.

Batalla de Cavite: la pobre escuadra del almitante Patricio Montojo fue despedazada por la del comodoro George Dewey el 1 de mayo de 1898, en la bahía de Manila (I. Sanz Domènech, Museo Naval, Madrid).

La línea del río Zapote, que defendía Manila, fue rota y la capital quedó solamente defendida por sus viejas murallas y una débil línea de fortines. Muchos habitantes de los barrios y pueblos exteriores se habían refugiado en la ciudad, donde aumentaba el número de enfermos y heridos. No por ello la guarnición cejó en la defensa; al contrario, lanzó varios contraataques que fueron poco útiles, porque las fuerzas filipinas recibían continuos refuerzos y su moral iba en aumento.

El 16 de junio zarpó de Cádiz rumbo a Filipinas la escuadra de reserva, mandada por Manuel de la Cámara. Tampoco era gran cosa y se reducía a dos acorazados no muy fiables, unos cuantos mercantes armados y algunas unidades menores. Al llegar a Port-Said, las presiones británicas hicieron que el Gobierno egipcio les negara el carbón y Cámara se vio obligado a regresar a España. Era el final de la esperanza para los defensores de Manila.

El 30 de junio ya habían desembarcado los primeros 3.000 americanos, que ocuparon previamente las Marianas, prácticamente desguarnecidas por los españoles. El 17 y 30 de julio desembarcaron dos expediciones más, reuniendo, un total de 20.000 hombres, que atacaron las defensas del sur de Manila, donde los españoles los rechazaron en los días 1 y 2 de agosto. El 4, el general Augustín fue relevado por su segundo, el general Jáudenes.

El día 7, el almirante Dewey y el general Merrit anunciaron que concedían 48 horas para evacuar la plaza y, al amanecer del 13, iniciaron el ataque a la ciudad, apoyado por los cañones de la escuadra. Por la tarde, entraron en Manila, cuya capitulación se firmó ese mismo día. Se daba la circunstancia de que, el día 12, España y Estados Unidos habían firmado el armisticio. El medio millar de hombres, españoles en su mayoría, que murió en la batalla de Manila lo hizo inútil e injustificadamente, cuando la guerra había ya terminado.

Las cifras de la tragedia

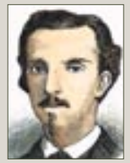
Cien años después de la guerra, los expertos siguen sin ponerse de acuerdo sobre las bajas padecidas en ella por España, aunque las estimaciones oscilan entre 55.000 y 60.000 muertos. El 90% del total, a causa de la malaria, la disentería, la fiebre amarilla y otras enfermedades; el 10 %, restante, en combate o a consecuencia de las heridas recibidas.

Los mambises perdieron, seguramente, menos de 5.000 combatientes por todos los conceptos.

Los norteamericanos aceptaron la cifra de 2.136 muertos (370 en combate, los 266 del *Maine* y a causa de las enfermedades el resto) y de unos 1.700 heridos. Sus pérdidas se incrementarían durante la rebelión de los tagalos en Filipinas: un millar de muertos más y cerca de 1.500 heridos. En total, la guerra le costó a Estados Unidos tres millares de muertos y una cifra algo superior de heridos.

Los hombres de la Independencia

AGRAMONTE, Ignacio (1841-1873).



Fue uno de los líderes políticos y militares de la Guerra de los Diez Años y, sin lugar a dudas, el personaje más prestigioso de la insurrección en Camagüey. Murió en la batalla de Jimaguayú.

AGUILERA, Francisco Vicente (1821-1877).

Sucedió a Céspedes en 1873 en la dirección de la insurrección, aunando los mandos político y militar hasta que salió de Cuba en 1877, falleciendo en Nueva York poco después.

CÉSPEDES, Carlos Manuel (1819-1874).

Protagonista de la sublevación de 1868, con el Grito de Yara, fue designado presidente del Gobierno revolucionario. Resultó depuesto en 1873 y muerto, poco después, en un encuentro con las tropas españolas.

CISNEROS, Salvador (1828-1914).

Luchador por la independencia ya desde antes de la Guerra de los Diez Años, tomó parte en todas las sublevaciones contra España, ejerciendo como presidente de la República en armas en 1873/75, como padre de la Constitución y como presidente de 1895 a 1897.

CROMBET, Flor († 1895).

Jefe militar mambí en la Guerra de los Diez Años (1868-78) y en las revueltas de los años ochenta, regresó a Cuba con Maceo en abril de 1895. Murió el 10 de mayo en un encuentro con las tropas españolas.

ESTRADA PALMA, Tomás (1835-1908).

Uno de los líderes más importantes de la lucha por la independencia: general en la Guerra de los Diez Años. Presidente del Gobierno revolucionario en 1875; delegado del Gobierno Cubano en Estados Unidos y alma del apoyo a las tropas mambisas entre 1895 y 1898. Primer presidente de Cuba, en 1902.

GARCÍA, Calixto (1839-1898).

Uno de los militares más capaces, tenaces y caballerosos de la sublevación, distinguiéndose por su valor y pericia en la guerra de los Diez Años, en la Chiquita y en la de Independencia, en que mantuvo en jaque a las fuerzas españolas de Oriente, que le triplicaban en número.

GÓMEZ, Máximo (1836-1905).

De origen dominicano y de formación española, fue el jefe militar más importante en la lucha por la independencia y un auténtico maestro en la guerra de guerrillas, aunque careció del carisma popular de otros generales.

GÓMEZ, Juan Gualberto (1854-1926).

Periodista y poeta, fue uno de los más activos propagadores de la sublevación contra España; su actividad en la guerra de la Independencia fue escasa. Se acogió al indulto de Calleja, en 1895, y fue deportado a Ceuta.

MACEO, Antonio (1848-1896).

Caudillo cubano desde la Guerra de los Diez Años a la de la Independencia, en las que fueron legendarias su audacia, astucia y valor. Murió en combate con la columna del comandante Cirujeda.

MARTÍ, José Julián (1853-1895).

Gran ideólogo de la lucha por la independencia y organizador de la guerra que terminaría definitivamente con la presencia española en Cuba. Pereció en la batalla de Dos Ríos, uno de los primeros combates de la guerra.

MASÓ, Salvador (1832-1907).

Combatió en todas las guerras por la independencia de Cuba. Fue vicepresidente de la República en armas y presidente, en 1897.

MONCADA, Guillermo, *Guillermón* (1840-1895).

Combatiente en la Guerra Grande y en las luchas de los años ochenta. Regresó a Cuba con Martí, Gómez y Maceo, muriendo poco después a causa de una enfermedad.

Contraataque español durante la defensa de Cascorro, donde se inmortalizó el soldado Eloy Gonzalo (dibujo de Moreno Rodríguez, *Nuevo Mundo*, Madrid, 22 de octubre de 1896, colección Juan Pando de Cea).

A merced del huracán

Conservadores y liberales cometieron un grave error: confiaron en que la defensa del principio monárquico les proporcionaría apoyos internacionales en los momentos de peligro

Rosario de la Torre del Río
Profesora Titular de Historia Contemporánea
Universidad Complutense, Madrid

ENTRE LA EMANCIPACIÓN de los grandes Virreinatos americanos y el 98, la Monarquía española estuvo integrada por el territorio peninsular y por un amplio conjunto de islas y enclaves repartidos por zonas distintas y distantes entre sí. En primer lugar, el territorio peninsular, de orografía densa y abrupta, era casi una isla situada en el confín meridional de Europa: la comunicación por vía férrea con el Continente no se produjo en Irún hasta 1864 y en Port Bou, hasta 1878 y, además, para posibilitarla había que cambiar, significativamente, el ancho de vía. Junto a esto, un conjunto de islas y enclaves se repartía por la región del estrecho de Gibraltar –Baleares, Canarias, Ceuta y Melilla–, por el golfo de Guinea –Fernando Póo y otras islas menores–, por el Caribe –Cuba y Puerto Rico– y por el Pacífico –Filipinas, Carolinas, Marianas y Palaos–.

Si se relaciona la debilidad del Estado –apenas industrializado y escasamente modernizado– con la dispersión de sus territorios, no debe extrañar que su posición internacional fuese muy insegura. España se veía implicada en, al menos, tres grandes problemas internacionales. Primero, el del estrecho de Gibraltar, donde competían Francia e Inglaterra; luego, el de las Antillas, donde los anglo-franceses no podían frenar la expansión norteamericana y, por último, el del Pacífico, donde todas las potencias competían por sus ricos mercados.

A la hora de hacer frente a esos problemas, la iniciativa española quedaba condicionada por la política de tres poderosos vecinos: en Europa, Francia e Inglaterra; en América, Estados Unidos. Para Europa, los gobernantes españoles habían acuñado el principio: "Cuando Francia e Inglaterra marchen juntas, seguirlas; cuando no, abstenerse". Para el Caribe habían confiado en la fuerza de la determinación franco-británica de mantener el *statu quo*. Pero, a fines del siglo XIX, ni Francia e Inglaterra marchaban juntas, ni parecían dispuestas a frenar a Estados Unidos en el Caribe.

El régimen de la Restauración no había sido capaz de proporcionar a España una posición internacional más firme. Ni Cánovas ni Sagasta fueron capaces de sustraer la política exterior a una muy difícil relación con la III República Francesa. Ello era consecuencia del apoyo que ésta había prestado a carlistas, primero y a republicanos, después. Mantenían al mismo tiempo una orientación decidida hacia los Imperios Centrales, en particular hacia Alemania, como sustentadora de la Monarquía. Por último, aparecían las dificultades derivadas de la política bismarckiana, que potenciaba la expansión francesa en el Norte de África. No hay que olvidar, por último, la fuerza de los vínculos económicos, ideológicos y culturales que ligaban a España con Francia e Inglaterra.

Tanto conservadores como liberales cometieron un grave error: no percibieron el sentido de la transformación del sistema internacional y de la vinculación entre los problemas europeos y los problemas coloniales. No analizaron correctamente los intereses y las tendencias de las grandes potencias; siguieron confiando en que la defensa del principio monárquico podría proporcionarles apoyos internacionales en los momentos de peligro.

Perro no come a perro

Desde el mismo momento en que estalló la insurrección cubana de 1895 y, sobre todo, desde que se hizo evidente que el enfrentamiento en la Isla invitaba a la intervención directa de Estados Unidos, la defensa de la soberanía española de Cuba se convirtió en el principal objetivo de una nueva política exterior.

Por una parte, la intervención norteamericana fue presentada como algo contrario a los intereses europeos en América y el mantenimiento de la soberanía española en la *Gran Antilla* se identificó con la defensa del régimen de la Restauración. Por ello, se buscó un compromiso diplomático con la Triple Alianza y/o con Inglaterra, para frenar la intervención de Estados Unidos.

Izquierda, **Sagasta, jefe del Gobierno que hubo de pechar con el desastre del 98 (José Casado del Alisal, 1884, Congreso de los Diputados, Madrid).** Arriba, **la marinería superviviente de Cavite defiende Manila en el verano de 1898 (Museo Naval, Madrid).** Abajo, **Máximo Gómez (caricatura de *Gedeón*, colección de Antonio Elorza, Madrid).**

La diplomacia española –tanto de conservadores como de liberales– no consiguió ningún compromiso diplomático. No era un problema de incompetencia profesional, sino consecuencia de varias realidades. España no era capaz de terminar una guerra que perjudicaba intereses norteamericanos; mientras, los insurrectos cubanos no parecían interesados en un compromiso que impidiera la intervención norteamericana. Por su parte, las grandes potencias europeas tenían poco que ganar y mucho que perder con una intervención en América que Estados Unidos rechazaba por principio.

Así se entiende el fracaso de todas las iniciativas españolas para involucrar a los europeos en el conflicto. Primero, la frustración, a comienzos de 1896, de la iniciativa del Gobierno Cánovas para ligar la renovación de los Acuerdos Mediterráneos a la obtención de una garantía internacional para la soberanía española en la *Gran Antilla*. A continuación, el revés, a mediados de 1896, en el intento de comprometer a las seis grandes potencias europeas para que instasen a Washington a que impidiera a sus ciudadanos ayudar a los insurrectos. Finalmente, el fracaso de Sagasta, en las semanas previas al estallido de la guerra para evitarla con el apoyo de las grandes potencias.

Tales reveses situaron el conflicto hispano-norteamericano en un escenario en el que se movía toda una amplia serie de fuerzas políticas y económicas. Era manifiesta la debilidad de los sectores españoles partidarios de un compromiso autonomista con otros intereses cubanos, frente a la fortaleza de los partidarios de mantener a todo trance la integridad de los intereses coloniales.

En Cuba, se evidenciaba el desarrollo de un independentismo que, ante el fracaso del autonomismo, buscaría la independencia a través de la insurrección armada y de la implicación de los Estados Unidos. Debían también ser tenidas en cuenta las consecuencias del tipo de conflicto que se desarrollaba en Cuba, entre los guerrilleros independentistas y el ejército regular español.

Por último, aparecía la creciente tensión, en Estados Unidos, entre la Presidencia –responsable de la formulación y ejecución de la política exterior– y

el Congreso -Cámara de Representantes y Senado-, que condicionaba esa política y expresaba los intereses de una economía industrial y de una sociedad de masas que empezaban a mundializarse.

El resultado de ese juego de poder conduciría a la intensificación de las presiones norteamericanas -amenazas de intervención directa y oferta sustanciosa de compra- para que el Gobierno español terminara con la guerra a través de la mediación de su presidente. Así, tras conceder la autonomía, poner fin a la reconcentración y proclamar el alto el fuego con los independentistas, Sagasta se vio inducido, bajo la presión de los militares, a aceptar una guerra con los Estados Unidos. Guerra que sabía perdida de antemano y que, por tanto, implicaría más pérdidas que las producidas en la habida con los independentistas cubanos.

Más sola que la una

El planteamiento eminentemente naval que debía tener una guerra entre España y Estados Unidos, junto con la diferencia abismal entre la flota norteamericana y la española, produjo el desenlace ineluctable de los desastres navales de Cavite –Filipinas–, y de Santiago de Cuba. Aquellas derrotas pusieron de manifiesto que España no tenía capacidad militar para defender ni una sola de sus islas y todas ellas se convirtieron en objetivos de la ambición de los más grandes.

Inglaterra hizo saber a Estados Unidos que no consentiría que las Filipinas –cuyo mercado dominaba– pasaran a manos de competidores que, como Alemania, terminarían con la libertad de comercio garantizada hasta entonces por España. Tales competidores intentarían dominar el archipiélago en caso de que Washington –mantenedor, también, de la política de libertad económica– no se hiciese responsable del control político. Efectivamente, Alemania intentó comprar a España parte de las Filipinas, pero cuando comprendió que las potencias anglosajonas no lo permitirían, concentró sus esfuerzos en la adquisición de las Carolinas, Marianas y Palaos.

Francia se tomó muy en serio el riesgo que correrían sus intereses en la región del estrecho de Gibraltar, si la guerra hispano-norteamericana se extendía a aquel escenario, y utilizó su influencia sobre el Gobierno español para convencerlo del peligro de continuar la guerra y de las ventajas de negociar un armisticio con Estados Unidos a través de su embajador en Washington.

El gabinete Sagasta también advertía ese riesgo para el estrecho de Gibraltar, una región en la que confluían, por una parte, el eje Baleares-Canarias y la frontera con el Imperio Xerifiano, territorio que despertaba expectativas de expansión para España y, por otra, la frontera española con el Gibraltar británico y el cruce, junto a las islas Baleares, de dos líneas estratégicas fundamentales para sus dos grandes vecinos: Inglaterra y Francia. Eran éstas la ruta hacia la India, por el canal de Suez, y la que unía Marsella con Orán.

El embajador de Francia en Washington, Jules Cambon, firma el armisticio en nombre de España, en presencia del presidente McKinley –segundo por la izquierda– el 12 –8–98 (por Matute, colección particular, Madrid)

THEODORE ROOSEVELT, gran impulsor de la guerra contra España

JULES CAMBON, embajador de Francia en Estados Unidos

Pues bien, esos dos grandes vecinos de España mantuvieron un comportamiento muy distinto durante la guerra, a pesar de haberse declarado igualmente neutrales. En Francia, el Gobierno, la opinión pública y la Bolsa mostraron sus simpatías por la causa española y apostaron por su triunfo. Por el contrario, en Inglaterra, personalidades destacadas de la política y la casi totalidad de su opinión pública se inclinaron por Estados Unidos.

La simpatía británica hacia Norteamérica no se limitó a la retórica, sino que se manifestó, sobre todo, en una serie de comportamientos impropios de un país neutral. Ello sirvió para difundir el rumor de la existencia de una tácita alianza anglosajona. De ahí que se temiera una acción combinada de norteamericanos y británicos en la región del Estrecho, con el doble objetivo de imponer las duras condiciones de Washington en el Caribe y en el Pacífico, ampliándolas a las Canarias, y de extender la soberanía de Londres a los aledaños de Gibraltar.

Una diplomacia con pocos dientes

El Gobierno español, intuyendo una crisis internacional de contornos imprecisos y de consecuencias todavía más desastrosas, intentó salir del trance con los menores costes posibles. Siguió aferrado a la idea de que podía favorecer la intervención de Europa para frenar a América y buscó apoyo diplomático en Francia e Inglaterra.

París, aunque ayudase facilitando los contactos con la Casa Blanca y dando consejos sensatos, no buscó tanto atenuar las pérdidas españolas cuanto defender sus propios intereses. Finalmente el Gobierno español, solo frente a una Norteamérica envalentonada por la facilidad de sus victorias navales y arropada por unos intereses y una opinión pública descaradamente expansionistas, vio cómo su

La derrota del 98 había empeorado la situación internacional y demostraba que España no tenía capacidad para defender, no ya Cuba o Filipinas, sino incluso Baleares, Canarias o Ceuta...

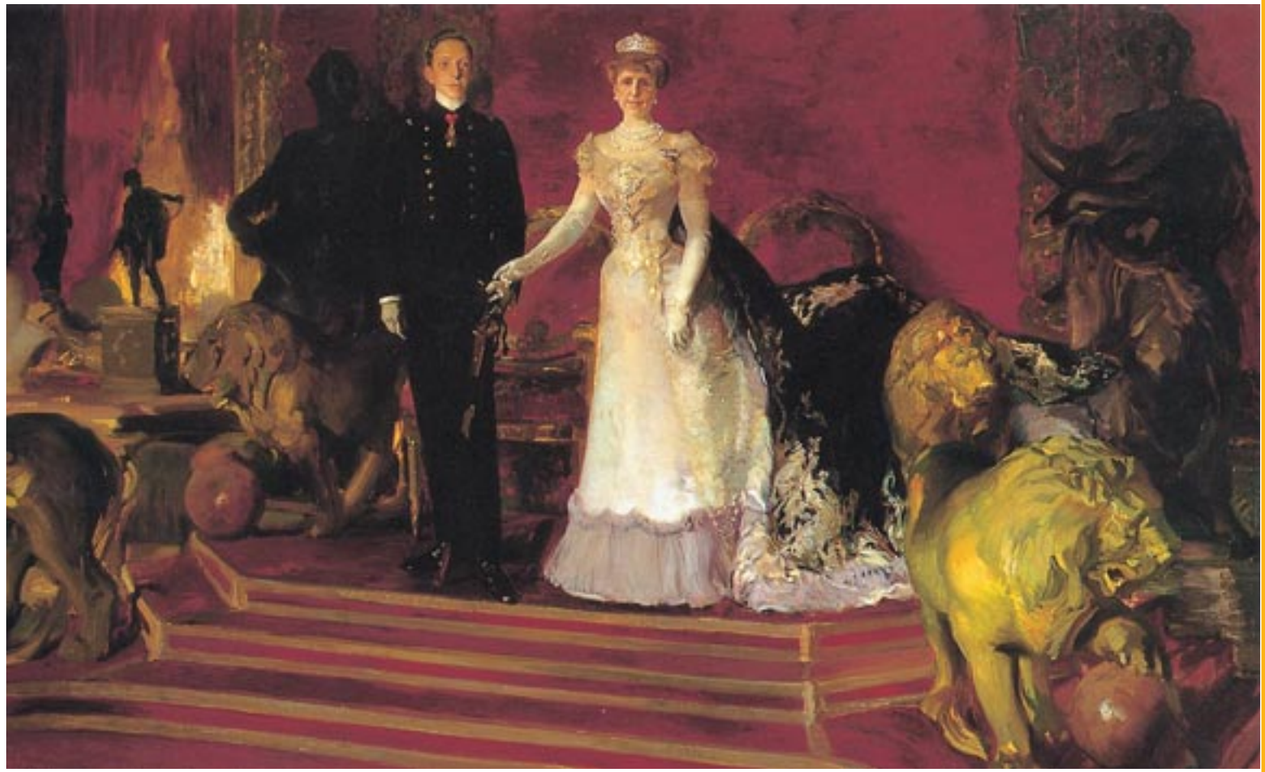
urgente necesidad de un alto el fuego exigía no sólo la renuncia a Cuba, sino también a Puerto Rico y la entrega de una base naval en las Marianas y algo en las Filipinas. Esto era aún impreciso el 12 de agosto de 1898, cuando firmó, representado por el embajador francés, el Protocolo de Washington.

No tuvo mejor resultado la estrategia del verano/otoño de 1898, cuando Madrid ofreció a Londres la negociación de un acuerdo que ofreciera seguridades a Inglaterra a cambio de dos contrapartidas. Por una parte, el abandono británico de sus reclamaciones contra las fortificaciones artilleras que España construía en la bahía de Algeciras; por otra, el fin de su intervención en la trastienda de la Conferencia de Paz de París, para lograr una venta de las Filipinas más satisfactoria para los intereses españoles. Inglaterra no entró en el juego preparado por España y no admitió la almoneda de las Filipinas, a pesar de disponer de la mejor opción de compra de una parte del Archipiélago.

Durante la negociación en París del Tratado de Paz, que finalmente se firmó el 10 de diciembre de 1898, el Gobierno español comprendería que no estaba en condiciones –ni militares, ni diplomáticas– de evitar la exigencia norteamericana de la cesión de las Filipinas a cambio de la ridícula suma de veinte millones de dólares.

La única respuesta británica a las múltiples iniciativas españolas fue la oferta de un tratado de garantía. A cambio de bloquear el proceso de redistribución colonial de los territorios que quedasen bajo soberanía española tras la firma de París, garantizaría la integridad de la nueva estructura territorial de España. Aseguraba así el valor de Gibraltar en el marco de la plena integración de España en el sistema de seguridad británico.

Tal respuesta demostraba que la derrota del 98 había empeorado la situación internacional de España, desplazando su centro neurálgico desde el Caribe y el Pacífico a la zona del estrecho de Gibraltar. La contundente derrota militar había puesto de manifiesto que España no tenía capacidad para defender, no ya Cuba o Filipinas, sino incluso Baleares, Canarias o Ceuta. Éstos eran territorios que en la coyuntura de redistribución colonial que dominó nuestro Noventa y Ocho, aparecían tan codiciados por las grandes potencias como los que la derrota obligó a entregar o a vender.



María Cristina, Reina Regente, junto con su hijo, el Rey Alfonso XIII, (Joaquín Sorolla, 1901, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid).

La Paz de París

En un clima de profundo pesimismo nacional, de durísima confrontación política y de general dolor por la repatriación de los soldados que llegaban en lamentables condiciones, fue designada la delegación española que habría de negociar la paz con Estados Unidos. Hacia París partieron, a finales de septiembre de aquel 1898, Eugenio Montero Ríos, presidente del Senado y jefe de la Comisión de Expertos; el ex ministro de colonias Buenaventura Abárzuza; el diplomático Wenceslao R. de Villaurrutia; el experto en asuntos de Derecho Internacional José de Garnica y un técnico en asuntos militares, el general de ingenieros Rafael Cerero.

La Comisión llevaba ya digerida la pérdida de Cuba y de Guam –la mayor de las Marianas– pero iba a pelear por Puerto Rico, donde aún seguían las fuerzas españolas y, sobre todo, por Filipinas, donde la presencia norteamericana se reducía a la bahía y ciudad de Manila y donde las fricciones con Aguinaldo hacían presagiar una guerra, como así sucedió enseguida.

Sin embargo, nada se pudo ya hacer. Los delegados norteamericanos, presididos por el ex-ministro de Estado William R. Day, a quien acompañaban tres senadores, Cushman K. Davis, William P. Frye y Edward D. Gray y el diplomático y periodista Whitelaw-Reid, tenían en sus manos la victoria, la fuerza y unos inmensos deseos expansionistas, como no se recataron de hacer público en discursos y declaraciones el senador Frye, el periodista Whitelaw-Reid y hasta el propio Day.

En esas condiciones, la Conferencia de la Paz, reunida a partir del día uno de octubre en los salones cedidos por el Ministerio francés de Asuntos Exteriores, en su propia sede del Quai d'Orsay, sería como pelotear contra un frontón. Los norteamericanos exigieron que se cumplieran íntegramente las condiciones firmadas en el protocolo de paz del 12 de agosto: evacuación inmediata de Cuba y Puerto Rico y cesión de Guam como indemnización de guerra. Tan sólo se avinieron a pagar 20 millones de dólares en compensación por la cesión de Filipinas, toda vez que la situación de aquellas islas había sido ambiguamente soslayada por el presidente norteamericano MacKinley. O los españoles aceptaban todo o los norteamericanos reanudaban la guerra. Impotente, el plenipotenciario español, Eugenio Montero Ríos, firmó el sábado 10 de diciembre en París la liquidación del Imperio. Los mínimos restos que aún quedarían en las Marianas y las Carolinas serían vendidas a Alemania a comienzos de 1899.

En 1898, el Gobierno liberal de Sagasta renunció a la garantía de la flota británica para asegurar la defensa de Baleares, Canarias y Ceuta, valorando su coste en satelitización. La diplomacia española fue capaz de comprender la dificultad y el riesgo en que quedaba la posición internacional de España tras la crisis. En esta situación confluían tres grandes cuestiones: la debilidad española para defender sus posiciones en el eje Baleares-Canarias; la necesidad británica de asegurar el valor creciente de Gibraltar y, por último, la inminencia del reparto de Marruecos.

Eugenio Montero Rios había sido ministro de Justicia y de Fomento y era presidente del Senado en 1898 , cuando aceptó el ingrato deber de negociar la paz de París (Salvador Martínez Cubells, Palacio del Senado, Madrid).

Un lugar al sol

Poco después se cerró el proceso de redistribución colonial de los años noventa y concluyó el antagonismo colonial franco-británico. Y España –tras ver reducidos sus intereses estratégicos al área del Estrecho– reconduciría su política exterior hacia la entente franco-británica de 1904, lo que llevaría a los acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907. Con ellos, España se recolocaba en el cuadrilátero formado por Londres-París-Lisboa-Madrid y enlazaba con el principio de la política exterior isabelina ya citado : "Cuando Francia e Inglaterra marchen juntas, seguirlas; cuando no, abstenerse."

En los primeros años del siglo XX, el mundo se encontraba en plena era imperialista, el peso de un Estado en la sociedad internacional se medía en potencia industrial y colonial y la experiencia histórica más reciente había demostrado que los más poderosos propiciaban el deslizamiento de los más débiles, desde la condición de sujeto del Derecho Internacional al de objeto de reparto.

Ello hizo que el intento regeneracionista encarnado por Alfonso XIII tratase de aprovechar las oportunidades que se le presentaban para participar con las grandes potencias del entorno en una política de poder; primero en Marruecos y más tarde en Portugal. Esto, que se apoyaba fundamentalmente en el voluntarismo de sus impulsores, entró de inmediato en una peligrosa contradicción.

Tal política no sólo chocaría con las condiciones objetivas de una economía poco industrializada. También tropezaría con amplios sectores sociales, para quienes no había más regeneración que la que pasaba por la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, por el logro de la democracia parlamentaria y por el rechazo –a veces violento– de una política exterior que consideraban contraria a los intereses de la mayoría de los españoles.

Para saber más

CARDONA, G. Y LOSADA, J. C., *Nuestro hombre en La Habana,* Planeta, Barcelona, 1997.

COMPANYS, J., *La prensa amarilla norteamericana en 1898,* Sílex, Madrid, 1998.

ELORZA, A. Y HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *La guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial*, Alianza, Madrid, 1998.

FIGUERO, J. Y G. SANTA CECILIA, C., *La España del Desastre,* Plaza y Janés, Barcelona, 1997.

FUSI, J. P. Y NIÑO, A., *Vísperas del Desastre. Antecedentes*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1996; y *Antes del Desastre,* Universidad Complutense de Madrid, 1997.

LEGUINECHE, M., *Yo te diré...,* El País/Aguilar, Madrid, 1998.

MORENO FRAGINALS, M., *El Ingenio* (3 vols.), La Habana, 1976.

PLAZA, J.A., *El maldito verano del 98,* Temas de Hoy, Madrid, 1998.

REMESAL, A., *El enigma del Maine,* Plaza y Janés, Barcelona, 1998.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R., *Política naval de la Restauración (1875-1898),* San Martín, Madrid, 1998.

RUBIO, J., *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos durante el reinado de Alfonso XII. Los orígenes del "desastre" de 1898,* Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1995.

VV. AA., *Historia de Cuba* (2 vols.), Instituto de Historia de Cuba, La Habana, 1994 y 1996.